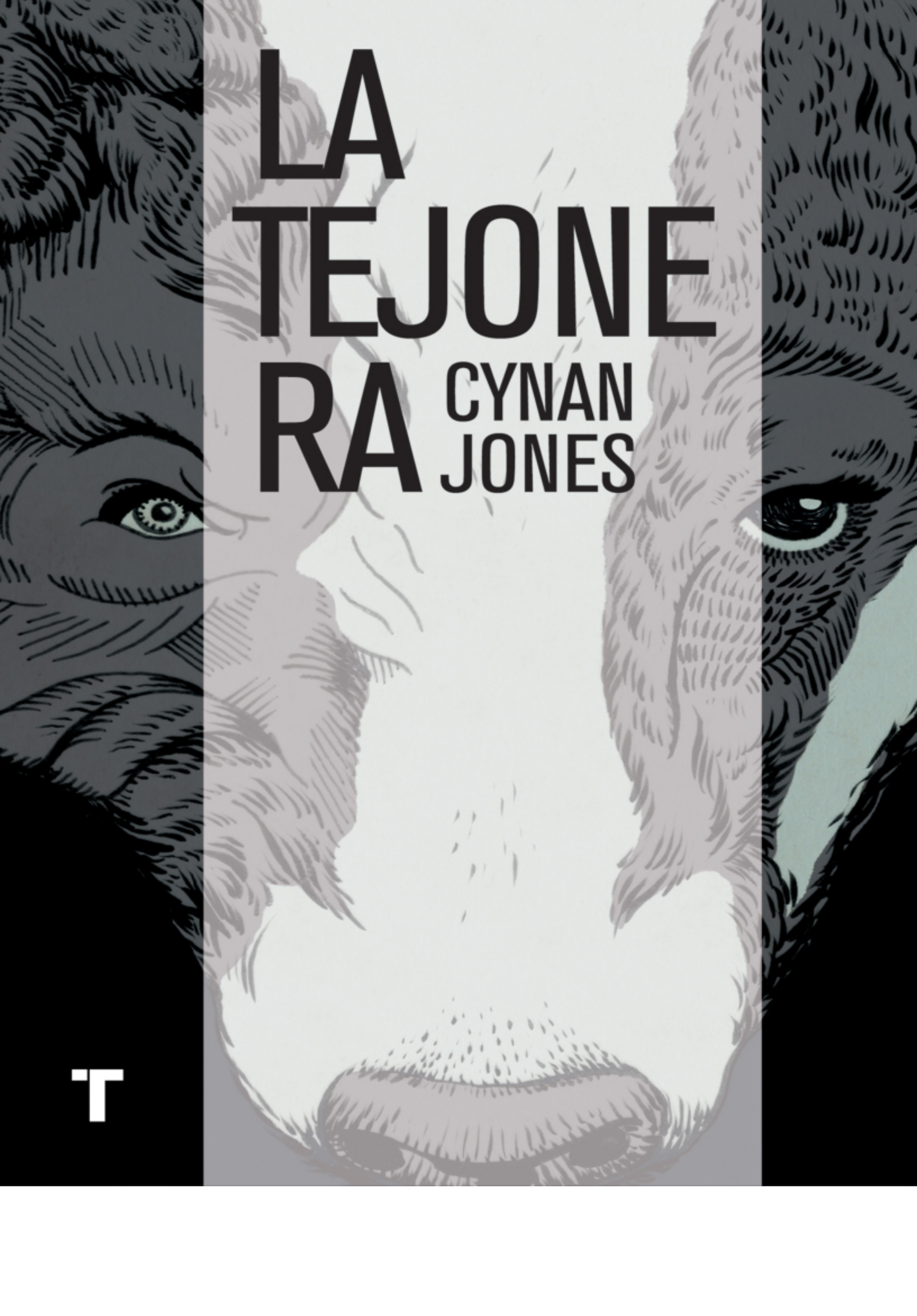

LA
TEJONE
RA
CYNAN
JONES
T

# LA TEJONERA

CYNAN JONES

# *La Tejonera*

CYNAN JONES

TRADUCCIÓN DE CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



Titulo original en inglés:
*The Dig*

Traducción:


De esta edición:

Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com




Publicado con una ayuda a la traducción de
Cyfnewidfa Lên Cymru/Wales Literature Exchange.

Diseño de cubierta:
Estudi Miquel Puig
Ilustración de cubierta:
Marc Torrent
Maquetación:
David Anglès

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-16142-25-5

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

*Éste, para m.*

Paró la furgoneta ante una portilla y apagó los faros. Era una noche homogénea y en esa oscuridad la furgoneta presentaba un color extraño, anómalo. Se quedó allí sentado, cauto.

Era la temporada en que parían las ovejas, y se veían luces aquí y allá al otro lado del valle poco profundo y desperdigadas por las montañas. Y si bien a esa distancia parecía una comunidad en plena labor, él sabía que todas esas granjas estaban sumidas en sus propios procesos privados, procesos poco más o menos iguales, pero llevados a cabo dentro de cada espacio de luz en aislada y privada intimidad.

Contempló el paisaje y, reconociendo esas fuentes de luz, recordó qué granjas veían con buenos ojos lo que él hacía y cuáles no. En su día había recorrido la mayor parte de esas tierras, y dibujó aproximadamente en su cabeza la forma de los campos anexos a cada granja y rememoró el nombre de cada finca que conocía como si enumerara las constelaciones.

Con tanta gente en vela por la noche, ésa era para él una época de ambivalente certidumbre; los granjeros, aunque despiertos, estaban muy atrafagados y abstraídos en sus cosas, y en medio de ese ajetreo generalizado era más fácil que pasaran por alto los ruidos, que los aceptaran como producto del trabajo de otros. Era más fácil que atribuyeran una causa justificada a los lejanos ladridos de los perros.

Era un hombre corpulento y hosco, y cuando se apeó de la furgoneta, ésta se elevó y relajó como un niño que respira aliviado tras temerse por un momento un bofetón. Allí adonde iba transmitía una sensación de daño potencial, y era como si eso lo percibieran incluso los objetos inanimados. De algún modo también éstos lo temían.

Abrió el portón de la furgoneta y oyó dentro el roce del alambre contra el cristal de la ventanilla. Alargó el brazo hacia el saco, lo cogió y dejó caer el tejón al suelo. Escupió en el asfalto sucio junto a él.

Los perros le habían arrancado parte de la cara, y el hocico, suelto y ensangrentado, le colgaba de un jirón de piel. Pendía del tejón como un animal aparte.

Agh, pensó. Ya se encargarán de eso los cuervos.

Pateó al tejón unas cuantas veces a fin de que perdiera la rigidez. De un puntapié desplazó la cabeza para que quedase expuesta en la calzada. El labio superior, contraído como en un gruñido permanente, se veía exageradamente grande, y parte de los dientes del maxilar inferior, destrozados a golpes de pala para dar opción a los perros,

colgaban rotos y sueltos.

Como el terreno no les había permitido cavar un foso, habían atado el tejón a un árbol para que los perros de caza acometieran contra él, y el animal tenía la pata trasera despellejada y un profundo corte en la carne allí donde se había hincado el alambre.

Eso podría traer problemas, pensó. Eso podría delatarme; todo lo demás es pasable. Las otras heridas quedarán disimuladas.

El tejón tenía el vientre desgarrado y abierto donde habían permitido a los terriers hincar el diente antes de que él lo liquidara con la pala.

Messie ha estado bien esta noche, pensó. Ha estado bien y ha sido tenaz.

El tejón, una hembra, tenía las mamas prominentes e hinchadas de criar, varias de ellas desgarradas, y alrededor el pelaje relucía por la mezcla de sangre y leche.

Lástima no haber encontrado las crías, pensó.

Se planteó arrancarle la pata.

Agh, imposible, pensó. Me sería imposible. De pronto sintió repugnancia ante la idea de volver a tocar el tejón. De concederle el menor respeto.

De pronto la idea de tener que ocultar su acción le causó ira y una sensación de agotamiento. Llevaba en pie toda la noche, y le pesaba el cansancio después de la caminata y la ardua cavada y la adrenalina, si bien la fatiga solo adquirió la forma de una andanada de ira dentro de él.

Volvió a subir a la furgoneta y ésta se hundió bajo su peso. Se quitó los guantes y los echó al asiento del acompañante, cubierto de pelo de perro. Avanzó un poco por la carretera, cambió de sentido y desanduvo el camino para arrollar al tejón. Luego cambió nuevamente de sentido y repitió la maniobra.

Dejando la furgoneta al ralentí, salió y se acercó a la hembra. Tenía el cráneo aplastado, hecho pulpa. Observó la pata, estirada aún como por efecto de una atrocidad premeditada y antinatural.

La muy puta, dijo; apoyó el pie en la pata y la pisoteó repetidamente, desdibujando la línea fina y precisa dejada por el alambre en la carne viva.

# PRIMERA PARTE

## EL CABALLO

# 1

El perro se movió cuando Daniel apareció entre las dependencias. Sujeto a la cadena, el animal se levantó, se desperezó y bostezó, y Daniel lo vio estirarse perezosamente bajo el haz de la linterna y vio el reflejo de la luz en los eslabones de la cadena.

Atravesó la era, donde las vacas mascaban ruidosamente ante el comedero circular bajo la luz derramada por el reflector desde el establo, y a sus espaldas oyó al perro sacudirse y volver a acomodarse en la caseta.

La noche vibraba de quietud.

Entró en el establo de las ovejas. Las hembras reposaban en posturas diversas y se respiraba un ambiente maternal y plácido. No se oían más sonidos que los de la masticación y alguna que otra tos de oveja. Dejó la linterna en el estante y encendió la luz. Unas cuantas ovejas balaron y se produjo cierto revuelo en la incubadora, excitados los corderos huérfanos ante la perspectiva de comer.

Mientras espera a que hierva el agua, se pasea por el establo. De las vigas cuelgan cedés, extraños objetos astrales en esta penumbra, ahora sin efecto alguno sobre los gorriones y los estorninos a los que de día deben ahuyentar. De vez en cuando reflejan un rayo de luz con una extemporánea resonancia navideña, y él se acuerda de ella mientras los colgaba, y de otras invenciones fruto de su ingenio, como si fuera una niña haciendo maquetas conforme a las instrucciones de un programa de televisión.

Una única mariposa nocturna entra a través de las mallas cortavientos y aletea hasta la bombilla desnuda que cuelga sobre el hervidor, la cúspide, una pavesa flotante en el filamento blanco, papel quemado, atrapado en la corriente ascendente de un fuego que no se ve, que no se siente.

En el corral del fondo, una oveja se pasea en silencio de un lado a otro, abarquillando el labio como un caballo. Éste es el turno de Daniel, y debe quedarse hasta que para la oveja, aunque sabe que las de esta raza, las Beulah, son buenas madres y no suelen necesitar ayuda. Sabe que la hora se acerca, que ya falta poco.

El hervidor despide mecánicamente bocanadas de vapor, que

ascienden hacia la luz de la bombilla. Suena el clic, y Daniel prepara la mezcla, y mientras deja la ancha jarra a enfriar en el estante, inspecciona los pesebres, los corderos cansados, soñolientos y dúctiles bajo el calor de sus madres. Saca los bebederos y hunde las manos ahuecadas en el agua para retirar el heno y los excrementos que forman una mancha cromatográfica en la superficie; y el ruido atronador de llenar los bebederos bajo el grifo no altera la suave masticación de las ovejas amodorradas, tendidas como si estuvieran extenuadas después de comer, con cierto aire de plenitud. Y en esta tranquila noche Daniel siente fugazmente, como el roce de algo invisible en la cara, el carácter atávico de su labor, siente que podría ser un hombre de cualquier época.

Vuelve a mirar a la oveja, que se pasea aún de un lado a otro y, apretando los dientes, lo mira a su vez con los ojos desorbitados. Y ve asomar el cordero, de culo, su cola dentro del saco una pequeña espiga de amento, semejante a un renacuajo, sobresaliendo de la vulva la obscena bolsa, reluciente por efecto del agua oscura.

Tumba a la oveja de costado y se unta la mano de gel, cuyo intenso color rosa quirúrgico es, en su manufactura, ajeno a este proceso natural. Existe una geografía tácita, familiar, mamífera, como si algo remoto le guiara las manos en torno al cordero dentro de la oveja, como si comprendiera la anatomía de la cría, y esto que Daniel hace, que podría ser repulsivo para él, en cierto modo le resulta grato, el contacto cálido de ese globo caliente y graso. Solo hay vergüenza visualmente. Los fluidos y los esfuerzos maternos están por encima de eso, demasiado ancestrales para la vergüenza, y Daniel toma conciencia de que en esto interviene una gran fuerza vital, en armonía con el instinto de él, y muy segura.

Con la madre en posición prona, entre los crujidos de la paja, entre los crujidos de los dientes, Daniel empuja hacia dentro el cordero, que está en presentación pélvica. Sin mirar a ninguna parte, manipula con delicada fuerza, manteniendo el pensamiento muy lejos de ahí, dejándolo vagar. Se oye una breve ráfaga de lluvia. La plácida masticación. La llovizna en el tejado de hojalata, y fuera, el chupeteo y el chacoloteo de las vacas que comen a la luz de los reflectores. Y la lluvia pasa enseguida. Un susurro. El susurro de los abrevaderos al llenarse.

Encuentra las patas traseras. Rodea con la palma de la mano una de las afiladas pezuñas, dobla la pata hacia dentro y, como puede, tira de ella hasta extraerla de la oveja; repite la maniobra con la otra pata. La palpitación, la fortaleza del contorno pélvico y los músculos del parto le comprimen el brazo. Y a continuación extrae el cordero de un tirón enérgico y fluido, le da unas palmadas y frota su pelo húmedo como el musgo para inducirlo a respirar, siente el vigor de sus rápidos

latidos bajo el frágil costillar, la humedad en las manos por la grasa del parto, y todas estas cosas propias de la vida, desde el semen hasta la mucosidad que resbala entre los muslos, o el saco húmedo del parto y el untuoso y resplandeciente ser recién nacido… todas estas cosas propias de la vida rezuman agua.

Encajonado entre el comedero y la valla, echa un vistazo alrededor, ve cagadas de estornino en la madera contra-chapada de la compuerta del comedero, percibe la inmediatez del olor a heno, que en su cabeza, a falta de otras referencias, solo puede ser olor a heno. Lo vence un cansancio casi demencial, anhela la ayuda de ella, en esencia cierta compañía en este momento, para ayudarlo a seguir con sus esfuerzos. Pero ahora éste es el ritmo, la distribución de los turnos. Tiene la sensación de que su cuerpo funciona solo por el aire que contiene, pero sabe -aun sintiendo lo que siente, una sensación de fuerza, de reserva de fuerza, como si, cansado o no, aún diera más de sí- que esto es sobre todo una cuestión de voluntad.

Deja que la madre limpie al cordero, sumergido éste en una infusión de parto, de color tanino, y mientras ella mordisquea el saco envolvente, Daniel manipula la ubre tensa y dilatada para sacar el primer tapón, un glóbulo de crema cuajada y grasa, esa vital efusión de calostro.

Se inclina a un lado, apartándose de la oveja, baja la vista y ve un grano de cebada, vertebral y disecado entre la paja como un esqueleto incrustado en excremento de pájaro.

Descansa así, de rodillas, un anciano en actitud de oración. Se siente como si fuera de roble y una vez más encuentra efluvios de energía con los que levantarse y, de algún modo, aturdido, se pone en pie una vez más, continúa con su trabajo, la breve lluvia ya pasada, oyéndose fuera el chupeteo y el chacoloteo de las vacas que comen bajo la luz.

Se queda ahí un rato y observa al cordero Beulah ponerse en pie. Éste mantiene el cuerpo muy erguido, su instinto de vida, enseguida con la cabeza en alto, el pelo moteado de gris y negro en caracoles separados e inmóviles; muestra una vitalidad fruto de la curiosidad inmediata, se interesa en el aire, e incluso en sus propias pezuñas.

Daniel se agacha y bebe del grifo, percibe el sabor a plástico de las cañerías que traen el agua. Aun en ausencia de ella, oye sus palabras de rechazo, ella que se llevaba al establo botellas rellenadas con agua del grifo de la cocina, pese a que la procedencia era la misma.

Ahora la recuerda dormida, necesitada de descanso, recuerda el calor de su cuerpo, esa especie de nido en que podía convertirse para el cansancio de él. Después inscribe el nuevo cordero en el libro, deja constancia de la presentación pélvica, salta unas páginas atrás y dibuja con la mano la caligrafía de ella, alza la vista hacia la cubeta llena de

cuentagotas y esprays de los que no entiende nada, que son competencia de ella, como lo son el registro de movimientos y el papeleo, todos esos aspectos más sutiles de la granja.

Observa al Beulah de pie, su interés en el aire, y lo observa dar sus primeros pasos.

Inmóvil, miró hacia el exterior, interpretó la extraña ventriloquía de los sonidos que alteraban sus tierras: el aullido de un zorro, que podía oírse como si estuviera justo al lado de la granja; la ilusión de la proximidad del mar creada en esta noche prensil. Aguzó el oído para escucharlo, pese a la aparente quietud: el viento sobre los árboles, luego entre los setos y después por encima de los campos, idéntico al ruido lejano de las olas al batir y retirarse. Tal era su parecido que no habría podido asegurar que ése no fuera el sonido del cambio de la marea transportado hasta aquí desde la costa, que dejaba de verse a unos kilómetros de la granja.

Alzó la vista hacia las ramas deshojadas del fresno, volátiles y en cierto modo mastodónticas, elevándose a través de la luz de los reflectores, colocados a baja altura. Apenas se movían, por lo que el sonido parecía muy lejano. Un ruido blanco remoto. Un ruido portador de un murmullo primitivo y silente que evocaba la permanencia de la vastedad.

Ese sonido parecía tangible en el aire, y en su presencia todo lo demás se percibía como silencio. Las ovejas suspiraban y mascaban, las vacas chacoloteaban al moverse en el barro. La cadena del perro tintineaba como calderilla en un bolsillo oscuro. Pero ese sonido traía quietud.

Mientras mantenía la mirada fija en la profunda negrura exterior, una lechuza se adentró en la luz de los reflectores, planeó en silencio entre los graneros y desapareció, como si dejara a su paso un fantasma de sí misma, una blancura inconmensurable en el aire.

Entró en el zaguán, encendió la luz y se quitó la chaqueta vieja, manchada de sangre y fluidos vitales, con restos de excrementos en el interior de las mangas, enharinada con el polvillo de la hierba adherido a la lanolina de la que se había impregnado después de tanto abrazo. Se quitó la gorra. Se recogió las perneras del pantalón impermeable por encima de la caña de las botas, se descalzó, pisó el suelo frío de cemento y se sacó los dobladillos del pantalón de los calcetines, donde los llevaba remetidos. Durante el breve segundo que permaneció en equilibrio sobre una sola pierna, tomó conciencia de que estaba cansado hasta el embotamiento. Incluso esa nimia acción fue casi excesiva para él.

Cogió las botas del umbral de la puerta y las colocó junto a las de ella. Sus botas, las de él, se le antojaron en cierto modo protectoras. Las botas y los pantalones de ella se veían más pequeños al lado de los de él, los dos pares como un niño cruzando la carretera acompañado de un adulto.

Se puso los zapatos sin encajárselos del todo y entró en la casa. Tenían los talones aplastados desde hacía tanto tiempo que ahora se le amoldaban al pie.

Esos zapatos, durante la mayor parte de su vida, habían realizado solo el trayecto entre el porche y el zaguán, una distancia de unos diez metros, o quizá alguna que otra vez habían ido hasta la leñera, situada un poco más allá. Los empeines estaban intactos y las suelas apenas gastadas, pero los talones se habían reblandecido como trapos de tanto pisarlos. A simple vista se los veía cómodos y queridos, pero en realidad presentaban el desequilibrio irrealizado de los objetos que no han sido utilizados en toda su capacidad. La única parte maltratada incesantemente había sucumbido, y aunque el resto se conservaba bien, el desgaste producido por la repetición de un mismo acto los había inutilizado para casi cualquier otro cometido de mayor importancia.

Notó en la mano el contacto de la jamba de la puerta y frotó la madera gastada mientras se desprendía los zapatos. Tenía desde hacía tiempo esa necesidad de tocar las cosas, de palparlas, como si fueran puntos de referencia. La jamba de la puerta, la piedra áspera en el ángulo del porche, el viejo alféizar de pizarra de camino a las dependencias.

Volvió a notar bajo la mano el desgaste de la jamba y se acordó de ella. Se preguntó si partes de ella estaban ahora así.

Puso a cargar la linterna y entró en la casa.

Consultó el reloj. Pareció fijarse por primera vez en que tenía números romanos, aunque dedujo que ya debía de saberlo. Pero por un momento ese detalle lo fascinó y perturbó, esa nueva percepción de la circunstancia.

Puso agua a hervir. Con el viejo tazón beige en la mano, se apoyó en el fogón. De pronto tuvo una extraña sensación del tiempo: no como algo dentro de lo que uno vive, sino como un elemento del que uno acaba enajenándose cuando toma conciencia de él, igual que, después de mirarse en el espejo durante demasiado tiempo, tiene la sensación de que el cuerpo no le pertenece.

Me concederé cuatro horas, pensó, contrito.

Se desvistió en silencio. Veía el sitio donde dormía ella, sabía que ahora ya no era posible despertarla. Se había quedado largo rato

sentado a la mesa con el té en la mano, y cuando por fin se animó a beberlo, ya se había enfriado.

Solo entraba la luz del pasillo, y en la penumbra casi distinguía el contorno de ella en la cama.

Su aroma flotaba en la habitación, y casi se le formó un nudo en la garganta al comprender lo vital que eso era ahora para él, y que nunca había entendido la necesidad que ella tenía de percibir el olor de él, ni siquiera se explicaba cómo conseguía detectarlo por debajo de los olores de los animales, el fenol, el gasoil del tractor y las balas de heno, y todas las cosas que él podía coger con las manos. Tenía la impresión de que los olores se acumulaban en capas sobre él, como la pintura sobre una pared de piedra, y de nuevo lo invadió esa sensación de extraordinario y persistente cansancio. Se preguntó qué olor aislado y esencial detectaba ella en él. Conocía el poder mamífero de este hecho por la forma en que los cachorros, tambaleantes y a ciegas, se acercaban a la ubre de la madre, la forma en que una oveja apartaba de un testarazo a un cordero que no era suyo. En la conmoción del parto, todo ese reconocimiento inicial estaba presente en el olor. A veces despellejaban a un cordero muerto y ataban la piel a un cordero huérfano, como un manto, con la esperanza de que la madre que había perdido al cordero lo aceptara y lo criara como si fuera propio.

Mi olor debe de estar por debajo de todo, pensó, debe de estar muy arraigado. No creo que flote en el aire como parece flotar el suyo, de tal modo que basta con hallarse cerca de ella, basta con adentrarse en ese olor para experimentar la percepción química de ella. En cambio, ella tiene que acercarse para percibir el mío. Tal como uno solo percibe el olor de algunas cosas cuando las toca. Incluso cuando está dormida, viene y olfatea, y es como si me inhalara, y parece cambiar y acomodarse a mí. No entiendo cómo puede gustarle a una mujer el cuerpo duro y anguloso de un hombre.

Cerró suavemente los puños, distendiendo el cansancio de las manos. Me pregunto si ella siente emanar de mí lo mismo que yo siento en torno a ella cuando la toco. No en el sexo, que, como él comprende ahora, era algo distinto de todo lo demás. Me refiero solo a cuando toco su piel antes de dormirnos y entiendo todo lo que hay debajo. Eso los animales no lo tienen. No pueden abrazar así a sus seres queridos, y sentir a través de la piel. Eso nunca se desgasta, pase lo que pase. Miró el lugar donde ella dormía. No me imagino vivir sin eso.

Entró en el cuarto de baño y se lavó los dientes y comprendió, en ese embotamiento fruto del cansancio, que en la cama no conciliaría el sueño, así que volvió en silencio al dormitorio y se llevó el reloj al piso de abajo. Allí, entumecido, se sentó en el sofá. El fuego se

extinguía ya. Era consciente de que debía mantenerlo vivo, pero sencillamente estaba demasiado entumecido. Acodado en las rodillas, sostuvo el reloj y escuchó los chasquidos y el petardeo de la estufa al enfriarse, mientras las últimas brasas se reacomodaban y caían a través de la rejilla, y el tictac metronómico del reloj. Tres horas. Ni siquiera le apetecía encender la tele. Se quedó mirando la pantalla, esa catarata oscura, vacía.

Habían pasado por mucho los dos juntos, con los animales. Trabajar en equipo era en sí mismo algo que la mayoría de las parejas no afrontan de manera continuada, y en su caso, como trabajaban con animales, las pequeñas presiones eran insistentes y regulares.

Ella parecía sufrir más con los problemas menores que con los mayores, y él siempre se sorprendía al verla hacer acopio de fortaleza para afrontar las grandes crisis.

Los dos se habían criado en granjas y sabían a qué atenerse, pero a menudo era la modernización lo que los hastiaba. El papeleo y la catalogación y los formularios, cosas que sus padres nunca tuvieron que sobrellevar, los confundían y a veces los empantanaban. Todo movimiento de animales debía anotarse, toda vacuna debía consignarse. Eso podía tener su lógica en las grandes granjas del otro lado de la frontera, con sus gerentes y sus oficinas y sus empleados. Pero para una granja pequeña el papel era un lastre agobiante, y como ninguno de los dos estaba hecho para eso, la carga era enorme.

Siempre andaban preguntándose cómo mejorar el rendimiento de la granja, contemplaban la descabellada posibilidad de transformar las dependencias exteriores en alojamiento para turismo rural. Pero la idea de permitir que esa gente entrara en sus vidas durante semanas y semanas, de tener coches limpios y caros en la era, una familia rubicunda y ruidosa con su ropa de campo impecable… Él no tenía nada contra esa gente, pero era distinta y no se la imaginaba allí, al menos de momento.

Pensaron en pasarse a lo ecológico, pero para cuando se interesaron en el tema con cierta convicción, el cordero ecológico alcanzaba precios escasamente superiores a los del no ecológico, pese a que luego los productos ecológicos finales se vendían por mucho más en los supermercados. El estrés y los controles añadidos no merecían la pena. Así que decidieron mantenerse firmes en los principios en los que creían y prescindir de todo lo demás, y vendían lo que podían en la zona a través del matadero.

Se interesaron en la venta directa, en sacrificar a los animales ellos mismos, pero eso requería la presencia de un veterinario autorizado cada vez que se mataba a un animal, y la minuta por este servicio era prohibitiva, y el coste de habilitar un espacio higiénico para la matanza era inasequible; en última instancia, los animales tenían que

pasar igualmente por el matadero, y estaban a merced del precio de mercado.

La venta del vellón daba pérdidas: el importe de los esquiladores y el transporte era superior al cheque recibido por la lana. La cría de ganado bovino más o menos cubría costes. Se planteó organizar cacerías en la granja; pero el paisaje no presentaba dificultades suficientes y, por otra parte, la extensión no bastaba para atraer a los cazadores ricos. Se plantearon especializarse en razas poco comunes, pasarse a las subvencionadas, o incluso a animales como el búfalo o la vicuña, cuyo vellón se vendía por cientos de libras. Pero finalmente, en el fondo de su alma, eran criadores de ovejas, los dos, y se habían metido en eso a sabiendas de que nunca serían otra cosa. Se habían sumergido el uno en el otro y en esa explotación pequeña, modesta y apenas rentable que habían creado, y eso les bastaba mientras fueran saliendo del paso.

Ahora él, ofuscado por el esfuerzo del trabajo, no veía nada de eso. Veía la granja solo como una máquina que había que mantener en funcionamiento o de lo contrario se trabaría, y se entregaba a ello implacablemente, como si no tuviera mayor conciencia que una pieza cualquiera del artefacto.

Me saltaré un turno, pensó. Por una vez, ella no se enterará. Ahora está todo más tranquilo. Ya hemos hecho la ronda, y esta noche estaba todo más tranquilo, aparte de ese único cordero. Aceptó las circunstancias que él mismo se planteó. Necesito encontrarme bien aún durante un tiempo, así que éste me lo salto. Ella no tiene por qué enterarse.

A tientas, ebrio de cansancio, puso el despertador a las ocho. Por un momento creyó sentir el tictac del reloj, como si lo sintiera en los dedos. El latido del corazón del cordero en las manos. El cuerpo de ella al tocarlo. Es tiempo y tacto, pensó. Es estas dos cosas. Es porque somos conscientes de ellas. El impulso de subir por la escalera y acostarse junto a su cuerpo caliente era incontenible, pero sabía que no lo haría. Recordó cómo sentía a través de la piel de ella. Me pregunto si es por eso que actuamos con tal desesperación en todo. Es como si estuviéramos tocando algo que nunca deberíamos haber sentido.

Dejó el reloj en la mesa, se tendió en el sofá y se tapó con el edredón de reserva. Nunca habían estado tanto tiempo separados. Una vez ella, cuando su padre enfermó, se marchó durante diez días para echar una mano; ésta era solo la segunda vez, y él no podía aceptar que la separación fuese permanente e hiciese tres semanas que ella había muerto.

*Ella fue a ver cómo estaba el caballo, y a almohazarlo. Rondaba por su*

*cabeza una extraña melancolía por no haber tenido nunca su propio caballo y no haber montado desde hacía años.*

*Era un día hermoso pero frío, uno de esos falsos arranques de la primavera.*

*El caballo pertenecía a un amigo, y lo tenían a su cargo porque el dueño, en pleno divorcio, atravesaba tiempos difíciles y no disponía de un cercado donde dejarlo, y el animal acababa de llegar y ni siquiera había pacido aún tanto como para dejar su huella en el pasto.*

*Era una yegua plácida, pero los caballos son bestias grandes e instintivas, y ésta parecía haber intuido la desazón en su dueño y últimamente se comportaba de una manera impropia de ella.*

*El sol ya se ponía pero aún quedaba una hora de luz, sobre todo en un día tan despejado, y cuando ella entró en el campo, la yegua abrevaba en la charca.*

*En la zona la mayoría de los caballos eran jacas, pero esta yegua era de caza, más alta y atlética.*

*Se acercó a la yegua, llamándola, y empezó a darle palmadas en la ijada, y la yegua se sacudió el agua de la testa y se alejó de la charca con ella.*

*Más allá de la charca, al otro lado de los árboles, una bandada de grajos volaba en círculo, y los observó graznar y volar en círculo mientras almohazaba a la yegua. Ésta, al parecer irritada, retrocedió unos pasos, y ella hizo ademán de seguirla pero de pronto se detuvo y se quedó contemplando por un momento la casa de labranza, a unos cientos de metros, y pensó en lo que llevaba dentro. La invadió un hondo sentimiento de abundancia y felicidad, un sentimiento que la recorría sencilla y plenamente. Y entonces la yegua la coceó.*

*Ésa era aún ella. No llegó a pensar nada, y fue solo vagamente consciente de que el mundo se cerraba ante ella.*

*Ya tenía el cerebro muerto cuando él llegó, y lo que vio en realidad solo era su cuerpo, que seguía funcionando sistemáticamente.*

*La acarreó los cuatrocientos metros de distancia hasta la casa pero una vez allí de pronto se dio media vuelta y fue a dejarla en el granero. Pensó que ella se pondría hecha una fiera si la entraba en casa sangrando.*

*Cuando llegó el médico, ella tenía la cabeza de color berenjena por la hemorragia. El casco de la yegua la había alcanzado con la fuerza de una bola de bolera a ciento treinta kilómetros por hora, aplastándole el lado derecho del cráneo. En una radiografía el hueso habría parecido escayola rota.*

*El viejo médico lo persuadió de que entrara en la casa y ambos esperaron a que la ambulancia fuera a recoger el cadáver. Los conocía a los dos desde que eran niños, y su dolor y su ira ante aquello no eran*

*pequeños, y ambos permanecieron sentados en actitud de desvalida pasividad ante lo ocurrido.*

*El viejo médico se hallaba ante su escritorio cuando recibió el informe forense pocos días después. Explicaba en vacuo lenguaje científico que el casco había fracturado la cubierta craneal y matado el cerebro. También decía al final de la página que las pruebas de rutina indicaban que estaba embarazada. El médico pugnó con este dato una y otra vez.*

*Daniel ignoraba que ella había sentido ese cambio dentro de sí, que había sentido esa colisión de genes y estaba convencida de saberlo; ignoraba que ella esa tarde, allí con la yegua, volvió la vista atrás, hacia la casa de labranza, y sintió ese extraordinario amor por la propia casa y por su marido y por la excelencia de todo ello. No es necesario que él lo sepa ahora, había decidido ella, ahora que se nos echa encima la temporada de parición. No es necesario hacerme la prueba todavía. Yo ya lo sé. Estoy segura. Pero esperaré. Se pondrá protector cuando se entere. Mejor más adelante. Y con ese cálido secreto se sintió como una adolescente.*

*Después del funeral en la pequeña iglesia situada por encima de la granja, el médico cargó con el peso de esta información, haciendo un gran esfuerzo para no expulsar sin más el venenoso conocimiento del hecho. Como hombre de ciencia, vivía desde hacía mucho tiempo con un firme respeto por los hechos. Con la idea de que eran objetos desprovistos de emoción que debían sortearse, tan físicos como cascotes en la carretera. Verlos así era la única manera de poder anunciar a alguien que tenía cáncer, o un coágulo cerca del cerebro, o que era estéril. Los hechos tenían que darse a conocer. Y por tanto acudió a Daniel con esta información y con la necesidad de sacarla de dentro de sí.*

*El médico estaba en el salón con las personas de mayor edad. De pronto lo atravesó y encontró a Daniel en la cocina, donde se habían congregado casi todos los demás. El tenue magnetismo de las cocinas. Miró a Daniel. Vio en él una firmeza y obstinación que lo preocuparon. Tenía una expresión un tanto enloquecida, como si se hallase en un largo momento de cólera en suspenso, esperando a decidir dónde volcarla. Todo esto lo vio el viejo médico en vano.*

*No necesita saberlo, pensó. No necesita cargar con esto. ¿De qué serviría?*

*El viejo médico se alejó de Daniel; inexpresivo, fijó la mirada en su plato de papel y cogió las migas de bizcocho con los dedos y se las tragó junto con el horrendo hecho.*

*Es mejor que no lo sepa. ¿Qué necesidad tiene de saberlo?*

## 2

Una ráfaga de lluvia había repiqueteado en el tejadillo del cobertizo del mastín pero muy brevemente. Aún no clareaba. Más allá de la puerta y de la perrera el hombre corpulento veía, tierra adentro, que la oscuridad empezaba a diluirse y convertirse en polvo, pero esa oscuridad tenía aún cuerpo, cierta densidad fruto de la lluvia pasajera.

Los perros alborotaban en torno a él, tropezando unos con otros, mientras cogía los platos para darles de comer. Solo Messie permanecía inmóvil y distante, lanzando alguna dentellada a los otros perros si invadían su espacio.

El hombre corpulento la miró con cierta veneración, allí al margen de los otros perros. Emanaba una dominancia difícil de entender en un animal relativamente pequeño como ése, y él se enorgullecía de haber criado a esa perra. Cuando lo detuvieron, se los quitaron todos, y tuvo que empezar de cero.

Echó el pienso, que era como trozos de madera de colores vistosos, en los platos plateados, y los demás perros lo rodearon de inmediato. Messie en cambio se limitó a acercarse al trote a uno de los platos, y los otros perros le abrieron paso. No era una actitud agresiva la suya. Era simple dominancia natural.

Vertió un poco del agua hervida en la masa de pienso semi-deshidratado y lo mezcló todo, y el vapor se elevó, arremolinado, bajo la luz de la bombilla desnuda que iluminaba el cobertizo. En las paredes, a altura suficiente para que no llegaran los perros, había colgado las últimas ratas atrapadas. Un único clavo traspasaba el cráneo de cada una de ellas, y, suspendidas de la viga, semejaban bolsas deformes y macabras, como si un alcaudón gigante tuviera allí su despensa.

Dejó el plato con la masa y miró otra vez a Messie. El hombre, con su enorme abrigo, parecía un ave con el plumaje hinchado. Agh, tú sí eres especial, pensó. Luego echó el resto de agua por la puerta a la perrera y la vio llevarse una cagada de perro en medio de la nube de vapor que creó sobre el cemento.

Daniel se había despertado tarde y se quedó allí un rato tendido, casi en un estado de estupor. Por un momento se sintió todo él apaleado, como si sus músculos fueran de escayola, igual que podía sentirse después del primer día de la siega del heno, con la fatiga propia de un deporte severo y poco común. Solo la leve reprimenda que se dio por saltarse un turno lo impulsó a levantarse, y en cuanto estuvo en pie volvió a entrar en la maquinalidad de su vida.

En cierto modo se resistía a ir al establo por miedo a tener que afrontar una calamidad ocurrida en el turno anterior que su presencia hubiese evitado. Un cordero estrangulado con su propio cordón; una oveja joven -de pelvis demasiado estrecha- tendida en posición prona, desangrándose como consecuencia de los desgarrones internos, el cordero ahogado en su propio saco, la extraña hernia formada por la bolsa asomando hendida del útero, la cabeza del cordero muerto agrandada en los fluidos de su propio parto fallido. Para todas estas cosas se había preparado mientras se ponía las botas e iba al establo. Pero todo estaba en orden. Había un corderito nuevo que acababa de erguirse sobre las patas temblorosas y ofrecía aún un aspecto untuoso, recién limpiado a lametones por la madre. Cogió el cordero y roció el tallo umbilical con yodo; se aseguró de que la madre tenía leche, y a continuación, cogiendo el espray, pintó el número correspondiente en la oveja y el cordero.

El viento susurraba a través de la malla difusora del establo y de vez en cuando una fina lluvia azotaba la hojalata acanalada del tejado, que, con su tamborileo y sus chasquidos, creaba una mayor sensación de calor dentro del establo. Brevemente se abrían brechas de sol entre las nubes en rápido movimiento, pero surgían y desaparecían como las risas arrancadas a un niño en pleno llanto.

Llevó a cabo la actividad maquinal de cambiar el agua de los bebederos e inspeccionar los corrales. Luego hizo acopio de energía y limpió los pesebres, sintiendo que, con el trabajo, se le distendía el cuerpo. De vez en cuando echaba un vistazo al cordero recién nacido para asegurarse de que bebía.

Entró en el compartimiento vacío con el rastrillo, lo hincó en el suelo y retiró el lecho pisoteado y sucio, que se desprendió como una torunda, como tepe inmundo. Los pesebres que llevaban mucho tiempo desocupados se mantenían bien, y el lecho salía más ligero y fragmentado, viéndose parte del estiércol en forma de objetos sólidos entre la paja. Pero los que habían estado más tiempo ocupados presentaban distintos grados de inmundicia y pesaban como grano ensilado. Algunos olían a pasta de levadura, otros a orina y enfermedad. Estaba convencido de que percibía la enfermedad en el aire de un peculiar modo medieval y confiaba en ese don incluso

respecto a su propio cuerpo y su comprensión personal de su salud. Solo estoy cansado, se dijo en ese momento, no estoy enfermo. Lo notaría, y no lo noto.

Con el susurro del viento a través de la malla difusora, sintió que se le aflojaban los tendones de los brazos mientras tendía el rastrillo, arrastraba la paja húmeda por el corral y la echaba a la carretilla, hasta que la tarea se convirtió en un acto compulsivo, y tomó la firme determinación de retirar hasta la última porción de paja suelta del suelo pétreo y oscuro.

Después de encender el hervidor, sacó la carretilla del establo y la llevó a la pila de desechos, donde vertió los restos del lecho putrefacto. En el campo los cuervos revolvían el estiércol y cogían los gusanos. Su negrura contrastaba extrañamente con la blancura de los corderos nuevos. Incluso en su andar marcial se apreciaba un contraste.

Se quedó inmóvil sin soltar la carretilla. Los setos todavía no verdeaban. Era como si se contuvieran. Las ovejas se lamentaban ritualmente y los corderos respondían con sus balidos; de vez en cuando éstos abandonaban el juego y arremetían sin contemplaciones contra sus madres, agitaban la cola desesperadamente mientras mamaban. Y aquí y allá se veían corderos durmiendo a sotavento de sus madres, encogidos y felinos.

Volvió a entrar, preparó la mezcla y dio de comer a los huérfanos bajo la lámpara térmica, fijándose una vez más, como siempre, en los vellones de los corderos, tupidos y compactos como alfombras, en la piel que en algunos sitios colgaba en previsión del crecimiento potencial, en el vigor con que chupeteaban y bebían.

El suelo de los pesebres estaba ya más seco, y llenó el pulverizador de agua e hipoclorito, bombeó para darle presión y roció el suelo y las paredes del pesebre, escociéndole la nariz a causa del hipoclorito, que olía a piscina.

Era la piscina de la escuela de primaria la que siempre acudía a su memoria, y recordaba entonces que por aquellas fechas ellos dos no se hablaban pese a que los fines de semana jugaban juntos en una u otra granja, la de él o la de los abuelos de ella.

Más adelante, cuando pasaron al ciclo siguiente, fueron a colegios distintos, ella a la escuela galesa y él al instituto del otro pueblo. Tardó años en volver a verla. Cuando por fin la vio, la reconoció al instante. Entonces lo supo. Los dos lo supieron.

Echó un último trago de la taza y, por debajo del portón, vació el resto en los charcos cada vez mayores y los posos turbios humearon en el barro.

Volvió a encender el hervidor y, de un soplido, retiró de la taza la

inevitable broza del heno. Preparó un café y echó azúcar de la bolsa, parduzco y apelmazado. Añadió la leche en polvo y, mientras la revolvía, la vio hincharse como harina húmeda y hundirse en la taza, confiriendo al café un extraño color vegetal.

En ese momento empezó a llover y al cabo de unos minutos oyó el agua correr por el bajante y caer en el depósito colector. Ahora ya podía volver a la casa, pero no quería.

Escupitajos de lluvia entraban por encima del portón y formaban una media luna de humedad en el suelo a la entrada del establo. Eso ella quería arreglarlo, pensó él, y tenía razón. El establo se hallaba orientado hacia las inclemencias procedentes del noroeste, y habría ido bien instalar mallas difusoras o algo así para cortar el paso a esa ancha corriente de aire, a la lluvia entrante. Sentía desaliento ante todas las cosas que había dejado por hacer, las cosas que no había arreglado. Se preguntó si acaso había malgastado el tiempo, si habría podido hacer todo eso, pero no acabó de ver cuándo había perdido el tiempo; se planteó entonces qué hacía para estar tan ocupado y encontró muy pocas cosas de verdadero peso, aparte de las labores cotidianas. El tiempo, a saber cómo, se le había escapado muy deprisa. Se escapa muy deprisa, dijo para sus adentros.

Se sentó en las balas y dejó vagar la mirada por el establo. Con la lluvia, las ovejas se alejaban del agua y buscaban sitios más cómodos, pero por lo demás nada sucedía. El cordero nuevo bebía. Se preguntó qué clase de madre habría sido ella. Habían hablado del tema, estaban preparados para eso. Apartó de sí el pensamiento.

El gato, escabulléndose de la intemperie, entró y se restregó en las balas. Después fue a acomodarse en un rincón y Daniel sintió una muda transferencia de amor hacia él. Se le anegaron los ojos en lágrimas. Mirando al gato, contuvo las lágrimas y se sintió sonreír desesperadamente. Dios mío, dijo. Eras tan buena. Fue tan bueno tenerte a mi lado.

El gato se acercó y se sentó junto a él, y durante un rato así se quedaron, bajo el reconfortante sonido de la lluvia, y la cercanía del gato casi lo desbordó.

---

El hombre corpulento metió a los terriers en la furgoneta, y éstos, al ver la maltrecha motosierra, se mostraron dispuestos a cooperar entre sí y más tranquilos, no como cuando intuían que iban a trabajar el tejón y se comportaban de manera más individualista y competitiva.

Cuando llegó a la granja, el granjero salió a recibirlo. Vestía una rígida chaqueta encerada que parecía nueva y apenas usada. Tenía

cierto aire de autoridad, una especie de manto de importancia.

Ésa era una de las granjas más extensas de la zona y años atrás había sido una de las casas señoriales dependientes de la gran casona. Se distinguía en ella la mano de la administración histórica, por los amplios campos y la espaciada disposición de los enormes robles.

Aquí en la parte baja del valle se formaba niebla y los robles parecían cubiertos por un velo y se oía el parloteo de los estorninos sobre la tierra húmeda. Eran muy pocas las aves que se veían. Se trataba de esa clase de niebla dispersa y movediza en la que la distancia entre los objetos resultaba engañosa. Se oía el ruido de los tractores que labraban en algún lugar de la finca.

Hay dos sitios, dijo el granjero. Era juez de paz y conocía al hombre por las cacerías. Tenía la mandíbula caída por el hábito del cinismo, lo que le confería el aspecto de estar por encima de todo.

El hombre corpulento asintió, sacó la maltrecha motosierra y empezó a llenarla de combustible. Era hosco y taciturno. Había echado más aceite de la cuenta al motor de dos tiempos para que el combustible humeara.

Había retirado la hoja de la motosierra y acoplado un tubo de goma al escape. Parecía un objeto extraño, espurio.

El granjero juez de paz condujo al hombre al granero amplio y moderno. Al dejar atrás el aire húmedo del exterior, se percibía dentro la presencia de polvo en el ambiente.

El hombre llevó los terriers, dos por correa, y los dispuso en torno a las balas de paja. Luego puso en marcha la motosierra allí en el suelo.

El ruido llenó el espacio.

Un poco de paja se arremolinó sobre el suelo, movida por el aire que expulsaba el motor. El hombre corpulento cogió la sierra y la revolucionó, aumentando el estruendo en el granero. La niebla amortiguaba los sonidos, y por eso éste resultó tan brusco.

Los perros permanecieron inmóviles como estatuas, temblando un poco en su estado de alerta, moviendo mínimamente los ojos en rápidas y cortas miradas de vigilancia.

Revolucionó de nuevo la sierra hasta que empezó a expulsar humo por el grueso tubo de goma. Luego, con una peculiar movilidad, circundó la pila echando el humo en las brechas y en los pasillos entre las balas.

Cuando las ratas salieron, salieron a buen ritmo, pero los perros arremetieron contra ellas. Los perros eran de una velocidad felina. Al atrapar una rata, la sacudían como si pretendieran partirle el espinazo, y así era. Gañían. Las dentelladas parecían excitarlos aún más.

En el granero el ruido era tremendo y sólido, aunados el tableteo

de la sierra y los gañidos metálicos de los perros. Eso constituía el tremendo ruido principal. Era el fragor breve y frenético de la matanza.

Cuando acabaron, los dos hombres dispusieron las ratas en una hilera y las contaron. El hombre corpulento, apartando las ratas no del todo muertas, las sujetaba pisándoles el rabo escamoso y sistemáticamente les aplastaba la cabeza con una estaca de cerca eléctrica antes apoyada en la pared del granero.

El granjero sintió cierta repugnancia ante tal brutalidad. Los perros gimoteaban y husmeaban, respirando ahora con un jadeo rápido y sonoro. No se olía la paja a causa del olor a petróleo y el humo expulsado por la motosierra flotaba en el granero como la niebla fuera.

También está la pila de leña, dijo el granjero. Tenía un extraño zumbido en los oídos después del ruido del granero. Ahora sentía aversión por el hombre corpulento pero lo veía como un instrumento. Lo sorprendía e impresionaba que fuera capaz de imponer tal disciplina en sus perros.

Hay otra cosa, dijo el granjero juez. Con la mandíbula caída por el hábito, miró al hombre corpulento. Éste pisaba una rata aplicando su peso experimentalmente como para ver si reventaba.

Puedo echar un vistazo, dijo el hombre.

Tejones, respondió el granjero juez.

---

Daniel cogió el preparado lácteo ya frío y sacó el cordero negro de la incubadora. El animal mecía la cabeza casi imperceptiblemente a causa del agotamiento. Parecía un ser dormido de una vejez extrema.

El viento de un rato antes había amainado y ahora la lluvia se afianzaba y se concentraba en una niebla cada vez más espesa.

Manipuló el cordero con sumo cuidado, y mientras introducía el tubo hacia el estómago, oyó el breve gorgoteo en el interior. Era un sonido remoto, como si procediera de muy lejos, no de allí mismo, de entre sus manos.

Cuando el tubo llegó al estómago, emanó un momentáneo olor de las entrañas del cordero, y entonces le administró la leche. El pequeño cordero parecía carecer de voluntad y sus ojos solo expresaban cansancio. Era como si no reflejaran el menor deseo apreciable de vivir.

La niebla cada vez más espesa creaba una envoltura en torno al establo. De vez en cuando el cordero regurgitaba la leche y él seguía

alimentándolo con pasividad invasiva. Comparaba eso con el chupeteo tenaz de los otros corderos al darles el biberón, la manera en que se les hinchaba el vientre como un tambor. Los sonidos, fuera, parecieron convertirse en algo aislado, perdido.

Ahora oía el ruido lejano de las motosierras. Se había convertido allí en una constante desde el inicio de las labores de tala hacía unos meses.

Fue un día como éste, recordó, quizá con la niebla más espesa, más cerrada. Habían podado los setos y arrancado de raíz la aulaga y los tallos de sauce, y todo aquello que no servía para conservarlo como leña lo quemaban en el propio campo. Las motosierras trabajaban sin descanso.

Durante días el humo sucio de la madera húmeda de las hogueras se elevó entre la niebla, confiriéndole un color herrumbre. Los restos de las hogueras presentaban un aspecto gris y lodoso donde la ceniza se había enfriado debido a la lluvia, pero debajo albergaban aún un intenso calor, y los tocones y las ramas más grandes sobresalían de la ceniza húmeda parcialmente ennegrecida.

Ahora los setos parecían dañados. Habían quitado casi todos los árboles, y él empezaba a lamentarlo. Aquello estaba adquiriendo lo que, a su manera de ver, era cierto carácter inglés, una pulcritud y una administración forzadas que no le gustaban. Tenía la sensación de que su propia relación de proximidad respecto a todo ello se veía amenazada a causa de esa alteración tan visible, llevada a cabo de manera radical y con la intervención de otras personas. Esa transformación que lo había convertido en algo que ya no conocía íntimamente. Era una conmoción visual. Como aquella vez que ella llegó a casa con el pelo corto. Acogiéndose a un plan de la administración, habían solicitado parte de la tierra baldía, y ahora eran los de la subvención quienes tomaban las decisiones acerca de lo que ocurría en su finca. Era lo mejor a largo plazo, decían.

Extrajo el tubo del interior del cordero con rítmicos tirones, y el animal tosió y se atragantó débilmente. En cierto modo sabía que ese cordero no tenía la menor posibilidad, pero al mismo tiempo sabía que a ese respecto no existían certidumbres. Incluso los seres más débiles podían salir adelante. A veces daba la impresión de que era algún factor sorpresa lo que permitía sobrevivir a un animal.

Observó el serpenteo de las hebras de niebla. Después de morir ella, les pidió que dejaran de trabajar. Hubo una secuela. Aquello parecía un campo después de la batalla, la tierra ofrecía un aspecto inhóspito, la percepción de la luz era distinta. No veía los campos desde la casa, y se alegraba de eso. Los tocones dejados entre los setos y las angulosas ramas podadas de los avellanos estaban blanqueados y eran aún muy visibles. Tenían algo de acusador. Las hogueras no se

habían consumido del todo y era necesario volver a encenderlas. Se apreciaba ya una marcada nitidez en las zanjas, una cuadratura reajustada en el campo.

*Estaban cavando zanjas. La miniexcavadora trabajaba entre la niebla, como un buque entre la niebla. El sonido del motor parecía achatado. Las grandes tuberías que habrían de instalarse bajo las portillas estaban apiladas, y de vez en cuando parecían surgir en la niebla. Aquello semejaba un muelle.*

*En el campo, alteraban la tierra las huellas de las orugas de la excavadora, que dibujaban nítidos trazos en forma de cremallera, y en ellas se veían los restos de los carrizos, aplastados y dispersos. Todo parecía pisoteado. Y a esa perturbación de la tierra la acompañaba, además, un ruido.*

*Cuando llegaron al fragmento de metal, el conductor dejó la excavadora al ralentí e intentó moverlo y tantearlo. El fragmento no cedió. Sobresalía del suelo más o menos un metro, en el borde del campo. Era de hierro fundido y tenía un aspecto recalentado, endurecido. Ligeramente curvo, lo surcaban finas estrías, como si hubiera sido torneado. La superficie exterior estaba pulida allí donde las ovejas se habían restregado a lo largo de los años, y volutas de lana vieja pendían de la concavidad.*

*El conductor agarró el fragmento con las dos manos y tiró de él, pero éste no cedió. Carecía de toda flexibilidad.*

*No lo conseguirás, dijo Daniel. Lo invadió un sentimiento de decepción, de traición, por el hecho de que el fragmento tuviera que extraerse de la tierra. De niño lo había mitificado: una porción de rayo allí solidificada, una enorme espada que a lo largo de los años él mismo había pugnado por mover. Pensaba que era una pieza de un camión o una herramienta abandonada hacía mucho tiempo, y él la veía como una marca. Como ese lunar en la cadera del que ella se avergonzaba. Tenía la sensación de que no estaba bien retirarlo. Se hallaba justo en la trayectoria de la zanja y había que sacarlo de allí, pero él discrepaba emocionalmente de lo que hacían.*

*No era supersticioso, pero eso no es lo mismo que no construirse uno sus propias supersticiones. Lo inquietaba que el fragmento saliera de la tierra, como si eso pudiera acarrearle alguna fatalidad.*

*Empleando el brazo de la excavadora, empujaron y tiraron del fragmento a uno y otro lado, como si de una muela se tratara. Al final lograron aflojarlo un poco y la tierra formó unos labios húmedos allí donde el fragmento penetraba en ella.*

*La excavadora despejó la tierra alrededor y embistió el fragmento, y cuando éste se desprendió, se oyó un sonido de succión y desgarro, como si se arrancara un hueso de su articulación. El ruido de los dos grandes*

*objetos de hierro al entrar en contacto había sido más pétreo que metálico, su eco amortiguado en la niebla, pero cuando extrajeron el fragmento de su sitio, los dientes de la pala resbalaron en él con un chirrido. Quedó allí maltrecho, cuan largo era, con sus dos metros o dos y medio, como un árbol talado. La porción antes enterrada era más oscura y poseía un aspecto más permanente, sin la apariencia herrumbrosa del resto. Semejaba un cuchillo con empuñadura.*

*Los hombres de las motosierras habían interrumpido su tarea para presenciar la extracción, y especularon sobre qué podía ser.*

*Es un trozo de una vieja cañería de desagüe, dijo uno. Para la canalización de aguas residuales. Antes eran de metal.*

*Daniel lo miró. En el hecho de verlo allí desenterrado había algo de indebido, de pérdida.*

*Fue en ese momento cuando llegó el hombre. Salió sin más de la bruma, lo cual pareció poner aún más de relieve su envergadura. Lo acompañaban dos terriers que fueron de inmediato a olfatear en los alrededores de las hogueras.*

*Vaya un trabajazo, dijo. Los hombres se interrumpieron y lo miraron. Él los miró a su vez, a todos ellos y a Daniel.*

*¿Quiere deshacerse de algo?, preguntó. Contempló el fragmento de metal extraído. Recojo chatarra.*

*No, contestó Daniel. No lo necesito. Había oído hablar de ese hombre corpulento. Había oído hablar de su reputación. Sintió una repentina ira al ver al hombre en sus tierras.*

*¿Son herramientas viejas?, preguntó el hombre. Por alguna razón crispaba los nervios, allí en medio de la niebla. Era como si ignorara por completo lo que era la propiedad legítima.*

*Los perros, gañendo, entraban y salían de entre los carrizos. El hombre echó un grito, y los animales se calmaron. La suya era una obediencia extraña.*

*No, contestó Daniel. Parte del plan era desprenderse de los escombros y la chatarra, las herramientas y máquinas viejas. Le crispaba los nervios, eso de que el hombre se presentara allí tan oportunamente. Lo encolerizaba, pero sabía que no debía provocarlo ni darle motivo alguno para sentirse agraviado personalmente.*

*¿Hay alguna otra cosa?, quiso saber el hombre. La pregunta tenía una carga. Un peso físico.*

*Los demás seguían inmóviles alrededor. El hombre corpulento había infundido desazón en todos ellos. Daniel percibía en la cara el ligero roce de la niebla.*

*No, dijo.*

*Cuando el hombre se fue, Daniel sintió una subida de adrenalina.*

*Como si le hubieran dejado una amenaza. Las herramientas viejas estaban al otro lado del establo de las ovejas. Daniel se quedó con el temor de que algo suyo hubiera sido codiciado. No podía disociar los dos hechos: la llegada del hombre y la retirada del fragmento. Como si lo uno fuera efecto de lo otro.*

Pensó en el fragmento, allí tirado, un hueso partido. Un objeto dañado. Volvió a preguntarse brevemente qué era. Le preocupaba no encontrar imaginación dentro de sí. Encontrar en su lugar un desconocimiento muerto y vacío. Un hueco en su interior, la ira por la irrupción del hombre en sus tierras.

Escuchó el ruido de las motosierras, que, le pareció, procedía de la casa señorial situada al pie del valle y oyó los gañidos de los perros, su timbre agudo y extraño. Volvió a subirle la adrenalina. Lo asaltó un súbito miedo por ella, la convicción de que alguien la había tocado, o iba a tocarla y hacerle daño otra vez. Fue inexplicable.

---

El hombre corpulento, inmóvil ante la boca de la tejonera, mantenía la mirada fija en ella, como si recorriese los túneles, como si los evaluase.

Vio el montón de tierra recién removida y la prolongación del lecho interior ante la entrada. La tejonera, en una ladera, parecía adentrarse a gran profundidad y gran cantidad de maleza y brotes de sicómoro cubría la abertura.

Necesitaré a alguien más, pensó.

Se alejó un poco de la entrada y encontró el hoyo de excrementos que en esa época del año, cuando hacía frío, solía estar cerca de la tejonera. Las esporas recientes tenían un aspecto blando y lodoso. Alrededor, en el barro, había raspaduras y huellas, y por cómo se hundían éstas en el suelo supo que era un macho adulto y enorme. Una hembra se defendía con más encono si tenía crías que proteger; pero un macho enorme de veinte kilos, por su puro tamaño, tenía algo más competitivo.

En los árboles cercanos se observaban las heridas sin cicatrizar donde los tejones se habían limpiado las garras y quitado la tierra del pelaje a restregones.

Son ellos, pensó. Aquí están.

Siguió el río aguas arriba desde el bosque. Cada tanto sacaba una trampa de la mochila y la colocaba en la orilla.

En ese último mes el caudal había bajado y orlaban el río

caléndulas acuáticas. Ponía las trampas entre las matas.

Los visones ya estaban allí, aniquilando los torrentes y los canales. Si la policía llegaba a pararlos, no estaría de más poder enseñar un visón. Su caza era legal, y eso explicaría la presencia de los perros.

Cuando el hombre corpulento llegó a su finca, encerró a los perros, les dio de comer y les curó las mordeduras de rata; luego entró en la casa e hizo las llamadas.

Habló brevemente y acordó que volvería a telefonear si conseguía el tejón. Querían preferiblemente algo pesado, un auténtico luchador. Querían espectáculo. A continuación llamó al otro hombre con quien había trabajado en las cacerías; le constaba que tenía un buen perro, un perro grande. Necesitaría un perro grande ante la perspectiva de toparse con el macho.

Solo será captura y suelta, le explicó el hombre corpulento.

¿Puedo llevar a mi hijo?, preguntó el otro.

# 3

Cuando Daniel salió del establo, su madre estaba allí. No la había oído llegar. Ella había pasado entre las vacas y acarreaba la canasta que siempre llevaba colgada del codo tapada con un paño. Años atrás empezó a avejentarse deprisa, hasta que de pronto el proceso pareció detenerse, y ahora ofrecía el mismo aspecto que tenía desde hacía años. Su padre había cambiado de otra manera. Había parecido siempre el mismo pero un día envejeció muy repentinamente, como si hubiera sucumbido bajo un peso.

Esa canasta suspendida del brazo de su madre era para Daniel un peculiar tema recurrente: apenas la recordaba aparecer sin ella. Su madre lo miró de arriba abajo, tuvo el buen criterio de no juzgar su indumentaria, y los dos regresaron a la casa.

-¿Cómo está papá? -preguntó él.

-Todavía le cuesta hacer las cosas -dijo ella. La apoplejía lo había partido en dos, como un rayo caído en un árbol viejo-. Está enfadado por tu causa.

Daniel asintió.

Entraron en la casa. Cuando él, después de quitarse las botas y el pantalón impermeable, entró en la cocina, ella ya había encendido el hervidor y estaba limpiando. Sintió un asomo de culpabilidad filial.

Se acercó al fregadero y se lavó las manos bajo el potente chorro de agua caliente mientras en la pila a medio llenarse se formaba un merengue de agua jabonosa. Su madre vació la canasta: un guiso en una fiambrera, un pan de pasas. Un puñado de bollos.

-¿Quieres esta hogaza? -preguntó ella.

-Ya tengo la máquina para hacer pan -contestó él. La habían comprado juntos. Para ellos era un prodigio. No rechazaba la hogaza por falsa cortesía.

-No estás comiendo.

No había nada que recoger, aparte de algún plato con restos de mantequilla y migas que antes había contenido tostadas, algún que otro tazón de cereales. Una empanada en conserva era el único esfuerzo de Daniel por lo que se refería a comida caliente, y para demostrarlo allí estaba la lata.

Su madre echó los platos al agua jabonosa y preparó el té. Durante años ésa había sido su cocina, el centro del lugar donde habían ocurrido casi todas las cosas importantes de su vida.

-El guiso no te dará muchas complicaciones -dijo ella mientras ponía el té en la mesa. Sabía que debía tratar a su hijo con cuidado-. Papá te envía esto.

Le entregó una bolsa con ejemplares del *Farmers Weekly*, números atrasados que su padre ya había leído. Daniel vio dónde su padre había pasado las hojas con el pulgar y doblado las esquinas. Seguía suscrito a la revista y, como la mayoría de los granjeros, era más sagaz y estaba más politizado de lo que cabría pensar. El hecho de que la bolsa estuviera ya sobre el fogón dejaba claro que su madre había entrado antes en la casa, pero a él no le importó. Incluso en su cabeza aquélla seguía siendo la granja de su padres, aunque de hecho la idea de propiedad y posesión de la finca solo la concebía vagamente. Se había criado allí y ése era su sitio, y no la veía como una propiedad externa a él. Se sentía más posesivo con su tractor.

Entendía que para su mujer debía de haber sido difícil entrar allí, pero lo hizo con delicadeza, sin desplazar nada de su lugar. Dio la impresión de que los cambios más grandes fueron cosas de los dos: instalar la ducha, pintar las habitaciones del piso de arriba. La casa la acogió igual que la había acogido la familia. De niña iba a jugar allí, y luego se produjo un largo salto de diez años, pero era como si la casa la recordara y la aceptara del mismo modo que un perro recordaba a un viejo amigo del dueño.

-¿Cómo va todo? -preguntó su madre.

-Sin cambios -contestó él. Empezó a hablarle de las cuentas, las pequeñas crisis y las sorpresas, y charlaron durante un rato, saltando de un tema a otro, como si la conversación fuera algo que el viento levantaba y dejaba caer, abandonaba por un rato y volvía a levantar.

Su madre era de un tradicionalismo sobrio, propio de la vida en el campo. Uno podía ir a una zona agrícola en el extranjero y encontrar allí esa misma fiabilidad taciturna en las mujeres. Al sentarse uno a su mesa recibiría la misma hospitalidad irónica, y luego lo colmarían de guisos y no lo dejarían moverse. Si había sufrido algún daño físico, responderían como enfermeras, sin la menor compasión, pero sus remedios surtirían efecto, y si uno llegaba a enfadar a alguna, incurría en un gran peligro. Son así porque durante generaciones han cargado con la responsabilidad de cuidar de sus hombres para que sigan trabajando, a fuerza de darles de comer y repararlos, y en eso no hay cabida para el sentimentalismo. Es imposible encontrar a gente más bondadosa, pero su bondad se manifiesta en cosas esenciales y la vuelcan en uno.

Pero esta firmeza de propósito solo puede surgir cuando se tiene

un papel definido y no se cuestiona. Él sabía con certeza que su madre nunca había cuestionado ese papel, pero con esa misma convicción ella interiorizó la vejez cuando consideró que debía hacerlo -siendo la edad en sí misma un papel- en lugar de interiorizarla cuando se lo indicó su cuerpo.

Había dado la impresión de que envejecía prematuramente, de que adoptaba un extraño concepto de la vejez vista desde fuera, tal como los adolescentes se revestían de una pose adulta. No se había amoldado al hecho de que los ochenta no era ya una edad anormal, y de que los sesenta eran el equivalente de lo que antes eran los cuarenta. Empezó a comprar por correo pantalones con cintura elástica y zapatos raros que le daban un aspecto que discordaba de su edad real, el mismo que tendría un adolescente con ropa de persona mayor, y parecía haberse provisto de un libro de frases hechas, una colección de comentarios propios de la tercera edad que tomó por costumbre decir con melancólica resignación; también en esto como una adolescente intentando aparentar mayor edad.

Él no sabía qué hacer exactamente al respecto, pero era agotador. Y un día de pronto ella era vieja, y ya no había discordancia.

Como una adolescente que por fin se ha hecho mayor y deja asomar algún que otro rasgo menor de su verdadera personalidad infantil, su madre, ahora que era realmente vieja, volvía a mostrar cierta actitud juvenil, y él podía detectar el origen. Tenía la sensación de empezar a conocerla como la persona que era incluso antes de nacer él. Se traslucía en su comportamiento un sinfín de pequeñas señales, y él comenzaba a entender que entre sus padres debió de existir una intensa química en la juventud, una química que poco a poco la vida había enterrado rítmicamente. El papel, pensó Daniel mirándola ahora, comprendiendo el pavor de su madre ante el hecho de tener que repartir una vez más sus cuidados entre su marido y su hijo, ahora que su padre estaba medio paralizado y él en pleno duelo. Es el papel, pensó. El papel te empuja a seguir adelante.

-Mamá -dijo-. Estoy bien. No quiero que vengas por aquí.

-Aquí hay trabajo suficiente para matar a dos personas -replicó ella.

Daniel vio un destello en sus ojos cuando se le escapó esa palabra, lo vio prender en el aire ante ella y cabeceó, dándole a entender que no tenía importancia. Su madre comprendió que él no actuaba así por orgullo, recordó su independencia en la infancia y confió en que eso le bastara.

-Tengo que superar esto -dijo él-. Me es más fácil si no veo a nadie. Sencillamente tengo que superarlo. Da igual cómo esté.

Daniel intentó expresarlo con la misma claridad con que él lo entendía. No soportaba la responsabilidad de las conversaciones

intrascendentes, de simular ante los demás que salía adelante para que se quedaran tranquilos. Parecía saber que el ofrecimiento de compasión era como una puerta que él echaría abajo y atravesaría. Solo soportaba la enorme responsabilidad para con las ovejas, para con el trabajo de la granja, que era tiránico y que ahora estaba en marcha, y que no sentía la menor preocupación por él.

-¿Y después? -preguntó su madre.

-Después… no sé -dijo. Y era verdad que no lo sabía.

Entonces ella lo abrazó, y sintió la tremenda devastación en él.

# SEGUNDA PARTE

## LA CAVADA

# 1

El chico no había pegado ojo. No acostumbrado aún a su nueva corpulencia, era desmañado y torpe. Cuando su padre entró a llamarlo, lo encontró ya despierto, expectante. Abrígate, no te olvides, dijo su padre.

El chico asintió indefinidamente de aquella manera suya, que consistía en un mínimo titubeo antes de hacer las cosas. Eso era porque en presencia de su padre pretendía mostrar ilusión y cautela al mismo tiempo.

Larguirucho y flaco, podría haber dado impresión de languidez a no ser por ese nerviosismo; en cambio la impresión que daba era más bien de persona infradesarrollada. Cuando se levantó de la cama en camiseta y pantalón corto, se puso aún más de manifiesto su torpe desgaire. Poseía el conjunto de músculos que a veces se forman en los cuerpos de los adolescentes varones y a veces no, pero la tez de su cara era la de un niño.

Se vistió y bajó. En la cocina se sentó a la mesa en ese estado hiperalerta que acompaña a la falta de sueño y maquinalmente empezó a untar con paté la rebanada de pan. Lo recorría una agitación de baja frecuencia. Saltarse el colegio por un día. Se sentía unido a su padre por la misma intimidad ilícita que cuando, alguna que otra noche, salían de caza con reflector, y en momentos como ése era capaz de olvidarse de que su padre hacía también otras cosas.

Su padre dejó el té en la mesa y llenó el gran termo; luego, los dos allí sentados, soplaron el té y se lo bebieron. Después salieron.

Fueron a buscar a los perros a la perrera, los metieron en el coche y se marcharon de la finca. A esa hora de la mañana el chico soportó a duras penas el olor del serrín y la mierda de perro en la perrera. El olor de todo aquello contrastaba extrañamente con el aroma a desodorante en que él se envolvía.

Nunca antes había salido a cavar e intentaba imaginárselo. Lo imaginó como una actividad febril y se entusiasmó. Ignoraba que sería un trabajo rutinario, monótono y aburrido, que no se parecería en nada a echar los perros a las ratas. A su perro lo había iniciado con las ratas él mismo y se enorgullecía del animal. Cuando los demás chicos

lo incordiaban en el colegio, se refugiaba en ese orgullo. Se aferraba a él.

El padre del chico estacionó el coche y los dos contemplaron la perrera y las máquinas rotas, y el chico quedó perplejo por un momento ante la oscuridad y el vacío de aquel lugar. Un poco más allá de la perrera veía a la luz de los faros carrocerías de coche, como trozos de un tren fantasma esparcidos por el campo.

El hombre corpulento los oyó detenerse fuera y vio el reflejo de los faros en la tela metálica de la perrera y fue a recibirlos. El chico experimentó la breve e inarticulada percepción de que su padre se encogía un poco al ver salir de la casa al hombre corpulento. Nunca antes había visto esa reacción en él. El chico pensó que aquel hombre parecía un gitano enorme.

El hombre metió la cabeza por la ventanilla y en la parte de atrás los perros cobraron vida ante esta nueva presencia con el consiguiente arranque de ladridos, que a su vez provocó el consiguiente arranque de ladridos en las perreras. El coche despedía un olor a desodorante que se le metía a uno en la boca.

¿Son ladradores?, preguntó el gitano enorme.

Son buenos perros, aseguró el padre del chico.

Apesta, dijo el hombre. Esto es la habitación de una niña.

El gitano enorme dirigió una mirada acusadora al chico, y éste se sintió enrojecer. Sintió que la llamarada nerviosa le subía por el cuello.

Son buenos perros, repitió el padre del chico.

Los perros tercos no nos sirven, dijo el hombre.

No. Son buenos perros, insistió el padre.

No podemos trabajar con perros tercos, dijo el gitano enorme. Observaba a los terriers, los calibraba. El chico percibió una tensión de adultos.

A continuación su padre dijo: No son tercos, hombre. Son buenos perros.

Había tres terriers en la parte de atrás. Uno era el gran Patterdale, Jip, treinta y tres centímetros en la cruz y seis kilos de pura fibra. Era todo lo grande que se requería en la caza del tejón y con la altura a la cruz idónea para caber bien en los túneles. Por eso el hombre, pensando en el gran tejón macho, había llamado al padre del chico.

¿Y ese cachorro?, preguntó el gitano enorme. Señaló con el mentón al perro del chico, que volvió a sentir el enrojecimiento en el cuello.

Solo nos acompaña, dijo el padre del chico. El gitano enorme miró al cachorro.

Ése no baja, afirmó el gitano enorme. Tenía que atrapar al tejón y

el riesgo de que el perro joven no pudiera retenerlo era demasiado grande.

El chico experimentó la misma vergüenza y sensación de opresión que en el colegio.

Solo nos acompaña, dijo el padre del chico.

# 2

Aparcaron en la era de la granja grande donde estaba la maquinaria, sacaron a los perros y, mediante trabas de hierro, los emparejaron macho con hembra.

Por el este empezaba a asomar un polvo de luz y en el granero los tractores se veían inmensos y militares. En los contornos de los campos los árboles eran aún de una negrura profunda y sólida.

Emparejaron a la cachorra del chico con el perro de mayor edad, y a la hembra de mayor edad del gitano con el gran Patterdale. Tenían que emparejar con tino a los perros. Perros capaces de trabajar juntos con las ratas podían pelearse entre sí en una cavada ante el tejón, como si percibieran la singularidad del proceso.

Cogieron las herramientas y se repartieron la carga; luego sacaron de la furgoneta las grandes garrafas de agua de cinco litros, la bolsa con la comida y los platos de hojalata donde bebían los perros, y se lo dieron todo al chico. Le pesó de inmediato. Hacía un frío cortante y el peso de las garrafas, con sus delgadas asas, le quemaba los dedos.

Atravesaron la portilla y emprendieron el camino, dejando correr delante a los perros, atentos pasivamente a cuál de ellos se imponía mientras hurgaban a uno y otro lado del seto en los rastros ya mortecinos dejados durante la noche.

En el sendero se había acumulado el barro, que seguía húmedo por la lluvia de la noche, y el chico, alerta, aterido e hiperdespierto, tenía clara conciencia del sonido de succión de las pisadas y el tintineo de las cadenas de las trabas y los ruidos corporales de los perros al abrirse paso entre la maleza de la orilla. Acomodaba el paso al compás del chapoteo del agua en las garrafas.

La débil luz iba en aumento y las contadas flores en forma de judía de la aulaga se perfilaban con una luminosidad antinatural. Los hombres pisaban con energía y firmeza; el chico en cambio tropezaba una y otra vez con las piedras sueltas arrastradas hasta allí por las lluvias del invierno, como si su propio peso no le bastara.

Se desviaron del sendero y, al adentrarse en un campo, donde había corderos tumbados, aovillados junto a sus madres, llamaron a los perros con un silbido. Algunos de los corderos más pequeños

llevaban puestas chaquetas azules de polietileno para resguardarlos de la lluvia y en esa primera luz se los veía raros y sobreprotegidos.

El chico oía mascar a las ovejas, y una o dos se volvieron para encararse con los perros y patearon el suelo mojado con la mano, sonando los golpes como chutes de balón. Él de buena gana habría jugado, pero era torpe en comparación con sus compañeros y para él esa incapacidad no era más que otra pequeña crueldad. Incluso allí, en ese momento, miró hacia el otro lado del campo bajo la luz creciente y se vio a sí mismo atrapar un tiro por alto, la multitud de árboles una hilera de espectadores. Pero de pronto: el campo de fútbol del colegio, el balón escurriéndosele entre los dedos, las risas de los otros chicos… Ésa era su realidad, y se le formó un nudo de náusea y rabia.

Descendieron entre los carrizos segados en el terraplén situado al final del campo y se detuvieron junto al arroyo. Allí el chico dejó el agua en el suelo. Sujetaron a los perros con las correas. Su cachorra temblaba un poco por la emoción.

Ha olido ratas en algún sitio, dijo. La frase le salió en una andanada de orgullo y se dio cuenta de que era la primera vez que hablaba delante del hombre.

Éste levantó una garrafa, la destapó y echó un tosco trago.

Mantenla a tu lado, dijo. Hay trampas en la orilla.

El río daba sed al chico, y quería beber pero no le hacía gracia la idea de beber agua de la garrafa después de haber bebido el hombre corpulento.

En el espacio relativamente abierto del camino y en el campo, la luz del amanecer había bastado, pero allí todo era más cerrado e inspeccionaron las trampas con la linterna.

Excepto una, estaban todas vacías. El chico oyó gañir a los perros por el rastro de algo. El hombre les indicó que se detuvieran. El chico dejó las garrafas en el suelo y estiró los dedos. Poco después oyó el crujido sordo del cráneo del visón y por un momento no identificó el sonido. El hombre había golpeado al animal con una pala plegable.

Siguieron adelante. Ahora el agua pesaba al chico de manera convincente. Los matorrales se espesaron en la orilla hasta el punto de que era casi intransitable, y al cabo de un rato se desviaron del cauce. Costaba avanzar pero el hombre corpulento, a saber cómo, tenía movilidad entre la maleza y parecía adaptado al monte como no lo estaban los otros dos.

Los perros husmeaban por delante de ellos, entrando y saliendo de los haces de las linternas, y los hombres se abrieron paso entre el acebo disperso y se adentraron en el bosque. De vez en cuando

perturbaban la paz de algo, y entonces se oía un fragor entre las copas de los árboles o la acometida en el sotobosque de ese algo al huir. Allí el bosque era más denso. Había ramas caídas por todas partes y algunas, a la luz de los extraños haces, parecían prehistóricas y animales.

Amarraron a los perros a cierta distancia de la tejonera y les pusieron agua, y también ellos bebieron. Al chico le daba reparo el contacto de la boca del hombre con el agua y seguía sin querer beber.

Los árboles se habían espaciado un poco y por fin la claridad penetraba entre ellos. El frío arreció por un momento, como cuando una puerta deja entrar una corriente de aire, y el chico sintió desazón, como si algo hubiese advertido su llegada. Habían hecho mucho ruido en su avance por el bosque, y ahora, al detenerse, oyeron los trinos de los pájaros y la temprana y sonora vibración del lugar.

¿Es tu primera cavada?, preguntó el hombre.

El chico asintió, con aquel titubeo suyo. Oían a los perros lamer y beber de los platos de agua.

La boca principal está allí. El hombre corpulento señaló en dirección a lo alto del terraplén. Meteremos al perro. Se refería a Jip, el gran Patterdale.

La perra del hombre corpulento estaba a sus pies, su actitud distante y sosegada en contraste con la de los otros perros.

Quiero meterla a ella después, indicó. Es mejor que entre primero un macho. El hombre corpulento tenía en mente las grandes huellas y la posibilidad de que fuera el gran tejón macho. En primera posición tendría más opciones un perro de mayor tamaño. Sabían que si uno metía a una hembra detrás de una hembra, o a un macho detrás de un macho, surgía conflicto la mayoría de las veces; pero si alternaban los sexos, el otro normalmente salía sin mayor dificultad.

El padre del chico movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Estaba verificando el localizador, verificando con el receptor el funcionamiento de la caja acoplada al collar del perro.

El chico tenía sed y miraba el agua, sin atreverse a abrir la otra garrafa delante del hombre.

Rodead por allí con el perro y taponad las otras bocas. Yo voy por el otro lado.

El gitano enorme sacó el mapa que había dibujado, donde estaban marcadas las distintas bocas de los túneles, y lo examinó con el padre del chico. El gitano preguntó al chico si lo entendía, y el cuello de éste volvió a enrojecerse bajo el abrigo cerrado; pero ahora sentía el denso inicio de la adrenalina. Se moría de sed, tenía dentro un descomunal y nauseabundo agujero de hambre adolescente, pero sentía el creciente

calor en los nervios ante la novedad y empezaba a percibir una camaradería en su propia utilidad para el hombre.

Desenrollaron las láminas de plástico grueso y se dispersaron para taponar sistemáticamente las bocas con piedras y láminas de plástico. Los huideros más evidentes los obstruyeron además con pesados troncos, y luego volvieron junto a los perros. Después subieron por el terraplén con los dos primeros perros, se reunieron ante la entrada principal y dejaron las herramientas en el suelo.

Había antiguos restos de un lecho en torno a la boca, y en la luz grisácea comenzaba a articularse el color de los helechos esqueléticos y extraños. Jip comenzó a tirar de la correa y saltar al frente, hacia la boca, como si percibiera la presencia de los tejones. Los helechos esparcidos podían significar que los tejones se habían marchado en el transcurso de la noche pero, a juzgar por el comportamiento del perro, había allí un rastro reciente, nuevo.

El chico miró al perro sujeto al extremo de la correa tensa y experimentó en las tripas la misma sensación que él. Experimentó la misma sensación que lo invadía poco antes de que las primeras ratas salieran corriendo y los perros arremetieran contra ellas.

El padre del chico se arrodilló junto al perro excitado y verificó una vez más la caja y el collar, y Jip dejó que su entusiasmo se solidificara en algo resuelto y orientado y se plantó robustamente de cara a la boca, recorrido por un resuelto temblor.

El padre del chico examinó otra vez el localizador y verificó la señal; a continuación dejaron entrar al perro.

El chico no preveía el momento de atenta espera antes de oír al perro. Pero sintió el estómago revuelto. Sintió una excitación lenta y condensada. Eso era nuevo para él. De pronto, muy hondo bajo tierra, el perro lanzó un gañido. Y luego otro; y su padre, tumbándose de inmediato junto a la boca para dirigir la voz hacia el interior del túnel, azuzó al perro, lo azuzó con una extraña excitación.

Síguelo, chico. Buen Jip. Buen *Jippo*.

Mientras su padre azuzaba así al perro, el chico observó al hombre, de soslayo, como si temiera revelar con la mirada lo que pensaba de su aspecto. Pero el gitano enorme parecía fascinado, y en sus ojos se asentó una violencia densa mientras escuchaba y veía a Messie, su perra, solidificarse, concentrarse. Finalmente la perra soltó un leve gemido de deseo.

Se oía ya los ladridos desplazarse bajo tierra, a veces agudos, a veces ahogados, alternamente, hasta que dio la impresión de que se acompasaban y se percibían en forma de lejano sonido percusivo.

El hombre corpulento echó a andar por el terraplén. Pareció avanzar en un torbellino y de repente se detuvo, como si hubiera

quedado atascado en algo.

El hombre corpulento echó a andar de nuevo, aguzando el oído, y el padre del chico siguió la señal con el localizador hasta detenerse los dos en el mismo sitio, confirmándose así el cálculo del hombre corpulento.

Aquí, dijo.

Fueron a por las herramientas y empezaron a cavar.

Era muy a principios de la primavera y las campánulas no habían florecido aún pero formaban una tupida alfombra que después de la lluvia se veía recién lavada y lustrosa. Abrieron un hueco en esa alfombra y despejaron la maraña de delgados brotes de sicómoro, y el gitano enorme partió una rama y, arqueándola, la encajó en la boca de un saco, que dejó en el suelo junto al lugar donde cavarían.

La tierra estaba embebida de lluvia, pegajosa, y trabajaron con las afiladas palas plegables, abriéndose paso a través de las raíces fibrosas. El olor de las hojas podridas y la tierra removida era ahora más intenso. Cuando llegaron a una raíz más gruesa, dejaron intervenir al chico con la sierra. Luego empezaron a cavar de firme.

El hombre corpulento empuñó el pico, y padre e hijo palearon. En cuestión de minutos el chico tenía la boca reseca por la sed y el hambre y no podía levantar la voz debidamente cuando azuzaban una y otra vez al perro que estaba bajo tierra. Se sentía mareado por el esfuerzo. Temía no estar a la altura de los hombres. A medida que el hoyo se hacía más profundo, revestían el contorno con láminas de plástico, y el trabajo adquirió un ritmo regular y persistente.

El tejón no iría a ninguna parte y ahora no se trataba de rapidez sino de persistencia.

Al cabo de dos horas hicieron un alto para beber y comer parte de los bocadillos de paté. El hombre corpulento no comió. En las manos manchadas de tierra seca del chico se dibujaban las marcas del agua expulsada por las ampollas que se le habían abierto y ahora eran pellejos sueltos, y sentía en la espalda una especie de impacto sordo. Él se esperaba más acción, no ese trabajo implacable, y no lo entendía.

El perro llevaba dos horas ahí abajo y durante todo ese rato había ladrado y gañido sin parar, manteniéndose a la menor distancia posible del tejón.

Cada tanto el macho arremetía contra el perro, y éste retrocedía y el tejón se daba media vuelta y huía; y Jip lo perseguía por los túneles y las confluencias hasta llegar al extremo cerrado.

En ese momento el tejón se daba la vuelta y acometía otra vez contra el perro. Pesaba casi dos veces y media más que el terrier y poseía unas temibles garras y una mordedura capaz de tronchar al

perro si acertaba de pleno. Pero el perro era rápido y a su manera también muy peligroso. Jip seguía ladrando. Gañendo. El tejón le plantaba cara y de vez en cuando se volvía para intentar cavar él mismo desde su lado del extremo cerrado. Pero entonces Jip se echaba sobre él y le mordía los cuartos traseros, y el enorme macho giraba en redondo nuevamente en actitud defensiva.

En el reducido túnel de la tejonera, los continuos gañidos eran ensordecedores y creaban en el cerebro del tejón la misma confusión que unas luces intensas, y el animal ya no sabía bien qué hacer. Se había llegado a un punto muerto. Una cuestión de tiempo.

Mandaron adentro a la perra y Jip salió. Parecía sonreír. Tenía la boca abierta y salpicada de baba. El perro estaba agotado y sediento pero en cierto modo resplandecía por la hazaña, y cuando le quitaron la caja y el collar, su cuerpo exhaló vapor en el aire de la mañana. El chico se desconcertó al ver que no prestaban la menor atención a la espesa sangre que manaba ostensiblemente del Patterdale y se extendía por su cuello.

El chico lanzaba miradas nerviosas al perro extenuado, sangrante y tenaz. La sangre fresca parecía pintura sintética en contraste con el color verde pardusco del terraplén.

Messie es buena, dijo el hombre corpulento. Lo retendrá hasta el final.

El chico se sentó y mantuvo las manos ampolladas contra el metal frío de la pala plegable. Tenía unos guantes pero dudaba que pudiera ponérselos. El té de la taza termo de plástico despedía un vapor ondulante, y lo desprendía asimismo el cuerpo del perro herido. La tierra levantada despedía también vapor, pero no se acercaron los pájaros como acaso habrían hecho en un jardín, como si supieran que se fraguaba allí alguna siniestra intención.

La bolsa del hombre colgaba del árbol y de ella asomaba la cabeza del visón. El chico la miró. El animal tenía la boca abierta y se veían los nítidos dientes. Acudió a su memoria uno de sus primeros recuerdos, de su padre sujetando un hurón para coserle los labios a fin de que no pudiera asestar dentelladas a los conejos que debía perseguir dentro de la madriguera. El visón tenía esa misma nitidez malévola de los hurones.

Inicia a tu perro en eso, dijo el hombre corpulento.

El chico, al ver que le dirigían la palabra, sintió al instante el enrojecimiento.

Asintió.

¿La echas a las ratas?

El chico asintió de nuevo. Tenía un nudo de pánico en la garganta.

Un buen cazador de ratas debería poder con un visón. Hay que

enseñarles pronto.

El chico sintió el arranque de orgullo crecer y mezclarse extrañamente con su nerviosismo.

Un buen perro, comentó el hombre.

Por fin habían horadado hasta el techo del túnel y ahora éste parecía una cañería de desagüe rota, y era ya media mañana cuando sacaron a la terrier. La perra conservaba una inquietante compostura en su actitud, cierta apariencia de distancia, de plenitud.

El chico no entendió la pasividad del tejón, que no intentara luchar o salir corriendo. Tenía que desarrollar una idea de odio hacia el tejón sin la ayuda de la adrenalina y sin la excitación del ritmo, y al final fueron la renuencia y la nula hostilidad del animal lo que lo llevó a perderle el respeto. Basó en esta antipatía la inquina hacia el tejón. Era intimidación. Era tensión, no excitación, y empezó a sentir el comienzo de unas íntimas y deliciosas palpitaciones. A esas alturas estaba ya convencido de que el tejón se lo merecía.

Ahora solo permanecía en el hoyo el hombre corpulento, llenándolo con su cuerpo. El chico sentía un bombeo caliente en la cabeza a causa del esfuerzo y finalmente se le aceleraron los nervios.

Ten una estaca a punto, dijo su padre.

De pronto el tejón salió. Se medio arrastraba y mantenía la frente gacha como si quisiera pasar inadvertido. Percibió la presencia de ellos y alzó la vista, y el chico miró por un momento sus ojos negros, el movimiento circular de su hocico. Esperaba que saliera gruñendo y luchando rabiosamente, pero salió poco a poco.

Llevaba horas atrapado en una cañería de más o menos un metro de diámetro y salió poco a poco, hasta que llegó a la abertura y el gitano enorme lo atrapó.

Lo cogió por el cuello con las tenazas y el animal forcejeó y gruñó, y entonces el hombre con un balanceo, ejerciendo una fuerza extrema, lo levantó y lo echó al saco.

El tejón pataleó y chilló, y en ese momento se vio su peso y su fuerza verdaderos y el chico no entendió por qué no había luchado de buen comienzo, ya al principio.

El tejón escarbó e intentó cavar, y el hombre corpulento asestó un puñetazo al saco y el tejón se quedó quieto. En este punto el chico volvió a experimentar cierta camaradería con el hombre y una sensación de victoria, ahí con la estaca de hierro a punto, mostrando su disponibilidad.

Lo dejaremos colgado mientras llenamos el hoyo, dijo el gitano enorme; así no intentará cavar.

Rellenaron el hoyo. Echaron dentro las raíces y las piedras que

habían extraído y finalmente volvieron a colocar los terrones donde estaban arraigadas las campánulas. Aquello era un lodazal resbaladizo y pisoteado y el terreno circundante parecía el pelaje de un perro enfermo.

El gitano enorme miró el saco colgado del árbol, su peso propio de saco lleno.

Era la segunda vez que cazaba un tejón para la banda. Aquella primera vez Messie era solo una cachorra. Él pensó en el dinero. Merecía la pena correr el riesgo. De vez en cuando tomaba la precaución de llevar al Centro de Investigación Veterinaria algún tejón que encontraba atropellado de verdad en la carretera y luego guardaba los recibos en la furgoneta para enseñarlos si lo detenían.

Pero eso solo servía con tejones muertos, o para explicar el pelo que pudieran encontrar. Este tejón tenía que trasladarlo vivo y poco importaba qué más hubiera en la furgoneta si lo detenían.

El hombre corpulento metió la mano en su bolsa, sacó el visón y se lo lanzó al chico. Cuando éste atrapó el animal, se sorprendió al notar su peso húmedo y su flacidez correosa y suntuosa. Tenía la boca abierta y se le veían los dientes nítidos.

Puedes quedártelo, dijo el hombre corpulento. Aquí son alimañas. Era como un pago por algo.

El chico sintió un destello de orgullo y una repentina y cálida sensación de estar en el mismo equipo que aquel hombre, sensación que le era ajena y con la que tenía dificultades. Su padre lo miró con una extraña sonrisa y al chico le sobrevino el enrojecimiento.

Separó los labios del visón para ver los dientes de aguja. Parecían agujas de coser. Miró esos dientes de aguja y palpó el pelaje de ese cuerpo correoso. Había desaparecido la electricidad.

Esta noche engréscala. El hombre corpulento señaló a la cachorra con el mentón. Un perro bueno con las ratas es bueno con los visones.

El padre del chico resollaba y parecía contento. El chico vio el sudor en la cabeza de su padre a través del pelo, muy corto. Ahora sí le corría la adrenalina y, henchido de orgullo, miró a su cachorra. Sintió una crueldad cálida, allí de pie en la playa de tierra.

Esta noche la iniciaré, se dijo.

---

Cuando volvieron al patio después de atrapar al tejón, pasaba ya del mediodía. El chico estaba agotado. Al principio se esperaba un revuelo semejante al de la captura de ratas y no salía aún de su asombro por el monótono tute de la cavada.

¿Cómo está el perro?, preguntó el hombre corpulento.

El padre del chico cogió en brazos al gran Patterdale y le examinó el cuello y el mentón. Tenía un rasguño superficial debajo de la mandíbula y, un poco más atrás, un desgarro de cinco o seis centímetros que le había ensangrentado toda la parte delantera. El perro permanecía impertérrito.

¿Puntos?, preguntó el gitano.

Sí, dijo el padre del chico. Levantó el pliegue de piel suelta, desprendiéndolo de su propia sangre, y cuando el perro respingó, lo sujetó con mayor firmeza. La sangre había empapado el pelaje hirsuto y se veía viscosa.

No hay nada cortado, dijo. La arteria del perro estaba a una mínima distancia por encima de la herida, y el chico la veía latir vigorosamente a través de la piel del perro.

El hombre corpulento no había dejado el tejón en el suelo en ningún momento, y cuando echó el saco a la parte de atrás de la furgoneta y se liberó del peso, lanzó un juramento, lacónico.

Quitaron las trabas a los perros emparejados y los dejaron a su aire, y el chico observó a su cachorra trepar a una pila de troncos con los otros perros. Esa agitación se debía al olor de las ratas que el hombre corpulento había obligado a salir de allí el día anterior.

El chico, irritable e inquieto él mismo, observó a su cachorra con orgullo, pensando en el visón que el hombre corpulento le había dado. Le había procurado la sensación de estar en el mismo equipo que el gitano enorme.

¿Y ése qué?, preguntó el padre del chico. Señaló con el mentón el saco cargado en la furgoneta. Detrás del gitano enorme los campos de labranza, sin la bruma, se veían más amplios y dóciles. En algún lugar se oía otra vez la labor de los tractores en la tierra.

Lo llevaré a algún otro sitio, contestó.

Repartió el dinero que el granjero juez les había dado por deshacerse del tejón. No dijo nada de los otros hombres, ni de las quinientas libras que pagaban por el gran tejón macho de quince kilos.

Cuando los otros se marcharon, empujó el saco hacia el fondo de la furgoneta y cargó unas balas de paja para ocultar el tejón. Se planteó dejar las herramientas y volver a por ellas expresamente, pero luego pensó: Agh. Si miran dentro de la furgoneta, lo encontrarán de todos modos. El tejón por sí solo bastaba para mandarlo al trullo.

Pero regresó a casa sin percances e hizo salir a los perros de la furgoneta y descargó las balas y cogió al tejón y, dejándolo en el saco, lo echó a la carbonera. Luego entró y telefoneó a los otros hombres. Dijeron que lo tendrían todo listo para esa noche y acordaron una hora y le dieron indicaciones. Eran las tres de la tarde. Agh, pensó. Decidió descansar un rato.

# TERCERA PARTE

## LA TELA

# 1

El cordero negro se veía cansado y maltrecho bajo la lámpara.

No había aumentado de peso, y Daniel distinguía sus costillas como dedos y, debajo, el estómago hinchado por la leche. Estaba encogido al fondo de la incubadora, pero no cómodamente encogido como un gato dormido, sino más bien con la débil docilidad propia de algo ya sin voluntad de puro enfermo.

Daniel cogió al pequeño cordero negro. Su padre se habría limitado a golpearle la cabeza contra el suelo del establo. No era un hombre insensible, pero sí pragmático; Daniel no poseía esa clase de voluntad. Pese a la lámpara, el cordero estaba frío, como si fuese incapaz de generar calor por sí mismo, y pesaba muy poco y colgaba flácidamente. Daniel tenía la impresión de haber cogido un jersey del suelo. El cordero presentaba una pasividad desprovista de toda voluntad.

No espero esto de ti, dijo. Solo quiero que lo entiendas. A veces tienes que elegir entre un sufrimiento rápido o un sufrimiento lento. Oyó hablar a su padre, lo vio sacar el cordero inútil de la incubadora. Debes verlo como una opción. Acto seguido, tras un breve un movimiento, el cordero colgaba ya muerto de la mano de su padre, brotando de su boca un hilillo de sangre y saliva.

Volvió a oír la voz. Oyó a su padre, con eso de los dos sufrimientos, y en algún rincón dentro de él una voz despiadada le dijo que su mujer ahora ya no temía la peor de esas dos formas de sufrimiento, la prolongada, que algún día podría haber padecido. El suyo había sido el sufrimiento rápido, la cabeza golpeada contra el suelo del establo. Pensó en su padre abatido por la apoplejía, inmovilizado. Desoyó la vocecilla despiadada, como si fuera algo que había oído sin querer y no deseara saber.

Frotó la piel del cordero, intentando infundirle algo de calor en los músculos, notando deslizarse bajo su mano las arrugas de piel suelta como calcetines enrollados. Existía la superstición de que en todo rebaño debía haber un cordero negro que sacrificar por si aparecía el diablo, y para Daniel era como si este cordero fuera víctima de eso.

Sintió los latidos del cordero bajo las manos. Eran débiles. Una

leve percepción.

Tienes que vivir, pensó.

Cogió el cordero y lo llevó a la casa.

Lo dejó en el porche y se descalzó. Luego entró, fue a buscar una caja y regresó a por el cordero.

Abrió la puerta del horno de la cocina Aga y sacó las rejillas. No había cocinado allí desde la muerte de su mujer. Solo quedaba el calor automático residual de su uso y sacó las rejillas sin protegerse las manos y palpó el interior del horno. Luego puso dentro la caja con el cordero, dejó la puerta abierta y volvió a salir.

---

El policía abrió la puerta, miró el barro profundo de la era y se apeó con cuidado.

El hombre, quedándose a cierta distancia de la ventana, lo observó por la rendija entre las cortinas. Observó al policía mientras éste inspeccionaba el lugar. Era un policía joven y el hombre corpulento no lo había visto nunca.

El policía se inclinó hacia la puerta del coche y tocó la bocina dos veces.

¿Y ahora qué hago?, pensó el hombre. Lamentó no haber dejado suelto uno de los perros grandes, pero sabía que el perro habría detectado el olor del tejón incluso a través del carbón y lo habría acosado. Si me quedo dentro, empezará a curiosear fuera de la casa, pensó el hombre. Agh.

El policía se encaminaba ya hacia la casa, y el hombre corpulento salió.

Buenas tardes, caballero. Parece que ya clarea, comentó el policía. Miró al hombre y lanzó un vistazo al valle como si comprobara el estado del tiempo.

El hombre corpulento se limitó a asentir con la cabeza.

Para serle franco, caballero, tengo un par de preguntas que hacerle. El policía era menudo e inofensivo, como es la norma, y el hombre se desplazó para apartarlo de la casa.

¿Puede decirme qué hizo anoche, o a primera hora de esta mañana?

El hombre corpulento no contestó.

El policía echó una ojeada a la era y, para sí, reparó en las huellas de dos automóviles marcadas en el barro, surcos que la lluvia de la noche no había llenado. Vio la furgoneta roja y dedujo que uno de los automóviles era ése. Se fijó en los muchos motores y neumáticos dispersos por allí y los restos de vehículos y máquinas.

Nos ha llegado una denuncia por vertidos ilegales de basura. Esperó. Solo quería preguntarle si no sabrá usted algo al respecto por casualidad.

¿Qué han tirado?, preguntó el hombre.

El policía no contestó. Miraba la chatarra, y el hombre corpulento lo advirtió y dijo: ¿A usted le parece que yo tiro algo?

Solo me preguntaba si podía ayudarnos, caballero, dijo el policía.

Alguien me ha señalado con el dedo, contestó el hombre. Los dos permanecieron inmóviles en la era.

El policía presintió que el hombre era culpable de algo, pero supo que no había estado vertiendo basura. De pronto tomó conciencia de lo solo que estaba allí. Sabía que el hombre tenía antecedentes por tenencia de armas de fuego y, mucho antes de eso, por alguna que otra agresión. Optando por el silencio, no respondió.

Anoche estuve aquí. Durmiendo.

El policía sonrió. Ha llovido a mares, ¿eh? Los niños han pasado la noche en vela, comentó. Sintió la espantosa electricidad que desprendía el hombre. El policía sonreía, pero por su cabeza rondaron breves y preciadas imágenes de sus hijos.

No me he enterado de nada; yo dormía, dijo el hombre.

¿Y esta mañana ha salido?

Solo para dar de comer a los perros. Nada más.

El hombre miró en dirección a la perrera con desagrado.

¿Qué clase de perros tiene?, preguntó, como si le interesaran.

Unos cuantos grandes, unos cuantos pequeños, contestó el hombre. No puede ser solo esto, pensaba. Se comportaron así cuando la redada en la casa. Hicieron preguntas tontas como ésas, y de pronto los demás aparecieron como de la nada.

¿Y esta mañana no ha salido, pues?, insistió el policía.

No, dijo el hombre. En algún lugar no muy lejano arrancó una motosierra y varios terriers gañeron, porque reconocieron el sonido de cuando iban a por las ratas.

Ante los gañidos de los perros, el policía miró alrededor. ¿Ha pasado alguien por aquí?, preguntó.

No, dijo el hombre corpulento.

El policía pensó en las huellas de neumáticos en las que no se había acumulado el agua de lluvia.

¿Le importa que eche un vistazo dentro de la furgoneta?, preguntó.

Al hombre corpulento se le aceleró el corazón a la vez que su cerebro repasaba la rutina, paso por paso. Sí, se había ceñido a su rutina. Señaló la furgoneta con el mentón, y el policía se acercó, abrió el portón y miró dentro. Había solo unos palés y unas balas de heno. Al volverle la espalda al hombre, el policía sintió una atroz aprensión.

Le inspiraba una profunda aversión.

A lo lejos, la motosierra serraba y quedaba al ralentí alternativamente. En la furgoneta apestaba a perro.

El policía retrocedió, sonrió al hombre e hizo un gesto como diciendo «todo en orden».

Bien, dijo. Gracias por su cooperación. *Aquí pasa algo*, lo sabía. Pensó de nuevo en la lluvia que había tenido en vela a sus hijos y pensó en la facilidad con que una persona así podía volverse contra él, y pensó de nuevo en los cargos por tenencia de armas de fuego y en que debería haber acudido con refuerzos, y supo que aquel hombre se traía algo entre manos.

Miró el valle y luego la perrera y luego se alejó en su coche.

---

Cuando el policía se marchó, el hombre fue a la carbonera y sacó el tejón. Desde dentro del saco, el tejón había escarbado en la pila de carbón y la arpillera estaba rota y ennegrecida.

El hombre corpulento se arrodilló junto al panel de la bañera, lo empujó y el plástico, al alabearse, se desprendió hacia la bañera. A continuación sujetó el panel por el afilado extremo superior y, doblándolo, lo levantó y lo retiró. Así, arrodillado, con el amplio abrigo, su corpulencia y sus movimientos parecían los de un oso.

Apartó el panel a un lado y lo apoyó en la pared. Al agachar la cara, percibió el olor a orina seca y a escasa higiene alrededor de la taza del váter y a cobre de las tuberías viejas. Tenía ese estado de percepción tan aguzada propio de cuando uno ve algo normal y corriente desde una perspectiva distinta, y advirtió que las tuberías de cobre presentaban ese extraño color verde eucalipto que en cierto modo parecía de piedra.

En el hueco bajo la bañera, justo en primer plano, había una fila de cazos y platos llenos de detergente puro, de olor intenso, que había colocado allí para encubrir todo rastro que pudieran detectar los perros de la policía, y los retiró a un lado. Tenían algo de cómico los esfuerzos del hombre corpulento para llevar a cabo esa tarea con sumo cuidado y delicadeza, a fin de no derramar nada.

Después se tendió de lado, apoyado en el hombro, a la manera de un mecánico corpulento, alargó el brazo bajo la bañera y extrajo el saco del hueco donde estaba encajonado, en el otro extremo.

Desenvolvió el arma, la miró y volvió a envolverla. Dejó el saco en la bañera y, en su estado de percepción, vio pelos de perro en la bañera y la extraña mancha marrón bajo los grifos de no usarla

durante mucho tiempo.

Encajó de nuevo el panel, salió de la casa con el arma y bajó hasta la valla que delimitaba la finca, la zona donde tenía la chatarra aplastada, amontonada entre los árboles. Allí, envolvió el arma con una segunda bolsa de plástico y la dejó entre la chatarra como si fuera un desecho más. A lo lejos oía el repiqueteo de un pájaro carpintero en un árbol.

Ahora ya pueden venir, pensó. Ya pueden registrar la casa.

---

Por un momento el sol había penetrado otra vez oblicuamente por las rendijas del establo, pero ahora ya había desaparecido y con él la mancha dorada, y Daniel recorrió los comederos echando brazadas de heno mientras las ovejas se levantaban alrededor para comer. Fue entonces, mientras esparcía el heno, cuando encontró la tela de ella.

Era solo una de esas cosas suyas, esas cosas por las que sentía apego: un trozo de tela estampado, de color rosa vivo, que usaba para atarse el pelo o cubrírselo, o que se ponía al cuello para evitar que el polvo o la mugre se le metieran por debajo de la ropa. Era algo tan suyo como la navaja Stanley que siempre llevaba encima para cortar las ataduras de las balas o para otras mil funciones. Ésa era una diferencia entre ellos, la costumbre de su mujer de llevar siempre encima unas cuantas cosas concretas -esa tela, la sencilla navaja Stanley, un viejo reloj de pulsera sin correa- para hacer frente a las sencillas situaciones que se repetían en sus procesos cotidianos; él, en cambio, confiaba en la fuerza bruta, las conjeturas o la disponibilidad de algo a mano que poder utilizar. A él se le antojaba importante que existieran diferencias palpables entre ambos, tanto si ella tenía razón en algunos aspectos como si no, cosa que él bien sabía.

Estaban segando el heno y ella llevaba la cabeza cubierta con esa tela para protegerse del aplastante calor que hacía dentro de la cabina del tractor.

Trabajaban en el campo nuevo, el que habían adquirido ese año en la zona alta de la finca e históricamente había formado parte de la granja antes de que sus padres lo vendieran. Durante unos años pacían en ese campo unas cuantas ovejas que un pastor aficionado había dejado allí, y esporádicamente aparecían jacas galesas y reducían la hierba a un tapete verde. Pero después el campo quedó abandonado durante mucho tiempo y se asilvestró.

En invierno eliminaban parte de las zarzas que se enrollaban caóticamente por toda su extensión, y arrancaban los endrinos centinela y la aulaga que avanzaban desde los setos, y quemaban los

restos cortados, reunidos en dos o tres pilas inverosímilmente pequeñas, y experimentaban un placer infantil por la intensidad con que crepitaban y llameaban las distintas clases de espino.

Luego pasaban el escarificador por la hierba para retirar la vegetación amarillenta y muerta y dejaban que la hierba volviera a brotar y que el campo se convirtiera en un prado.

Por esa costumbre de poner nombre a las cosas, el campo pasó a llamarse *cae piws*, el «campo rosa», ya que, despojado de su vegetación silvestre, estallaba en un despliegue de tréboles rojos y arvejas silvestres, entre lechos dispersos de fumaria. Daba la impresión entonces de que el campo ejecutaba sus propios planes: aparecían flores de cuclillo y aislados berros de prado, y en el rincón más húmedo, tímidamente, unas inusuales orquídeas. En medio de todo eso incluso dejaban crecer cardos, y los cortaban antes de que sus erizadas corolas rosa se convirtieran en semillas, cuando las tiesas hojas pinadas se volvían quebradizas bajo el sol.

Naturalmente, con el paso de los meses, la hierba crecía más que las flores, y corría ya el mes de septiembre cuando segaban el heno, y fue por entonces cuando ella perdió la tela, como si el campo se hubiese reapropiado de esa porción de rosa a cambio de lo segado. Y ahí estaba ahora, como si acabara de caérsele, rígida y desteñida por el polvo del heno, igual que si la hubiese dejado en el radiador como siempre hacía, y la tela hubiese resbalado y caído calladamente.

Por un momento fue incapaz de tocarla. Las ovejas se apiñaron en torno a sus piernas y él se apuntaló entre ellas, como si se hallase en medio de una impetuosa corriente, y se agarró a la barra del comedero. Era imposible que su mujer estuviese muerta porque sus sentimientos hacia ella no habían disminuido en absoluto. Es la capacidad de una persona de suscitar una reacción en nosotros lo que da lugar a una relación con ella, y mientras eso ocurre, hay vida en ella.

Recordó la imagen de su mujer en la cabina del tractor, conduciendo entre las hileras de balas, mientras los peones las lanzaban y él, en el remolque, las apilaba. Recordó el sudor y el picor de las semillas, el escozor causado en los dedos por el cordel de empacar, los nudillos raspados por las balas, el aire impregnado de gasoil alrededor del tractor. La evocó con el vivo destello de color de la tela en torno a la cabeza, y recordó que, en broma, habían comentado que tenía un aspecto infantil y alpino. Heidi, la habían llamado ese día, y recordó que había sentido por ella ese deseo denso que podemos sentir por una mujer con la que compartimos un trabajo físico, y que se había alegrado de que fuera su mujer la persona por quien sentía un deseo así.

¿Cuántos recordatorios habrá?, preguntó. ¿Cuántas veces me

pasará esto? Es tan palpable su presencia aquí. Estaba al borde de la ira, pero de pronto lo asaltó un sentimiento triste y desesperado de cálido afecto por ella. Puedo aferrarme a ella, pensó. Dentro de mí puedo aferrarme a ella.

# 2

El hombre corpulento se marchó de su casa en la furgoneta poco antes de oscurecer. En la parte de atrás había construido una especie de torreón con las balas de paja y los palés y el tejón estaba escondido entre todo ello. Desde fuera daba la impresión de que la furgoneta estaba totalmente llena de balas. El policía lo había puesto nervioso y no podía quitarse de la cabeza la idea de que volverían, como la otra vez.

Se llevó a la staffordshire bull terrier, una perra de seis meses, para que lo acompañara en el viaje. Necesitaba un animal más obstinado, y en ese sentido los staffordshire eran una buena raza, con una fuerza extraordinaria, y esperaba convertirla en una buena herramienta para levantar al tejón y al zorro. Se planteaba cruzarla con un perro de mayor movilidad. Como Messie. Se proponía iniciar una raza de perros codiciados y envidiados.

Se lo tomó con calma. La carretera estaba relativamente tranquila, y le complacía viajar hacia el sur, viendo que en el carril contrario el tráfico de fin de semana era cada vez más denso, por la gente que iba a sus segundas residencias y caravanas en la costa.

Transcurridas unas dos horas de viaje, se detuvo en el área de descanso que le habían indicado y poco después se acercó otro coche. Lo avisó con los faros, una doble ráfaga, accedió al área de descanso y él lo siguió. Al cabo de un rato abandonaron la carretera principal.

La pista resultaba anormalmente ancha para ser un simple camino rural, y se advertía que en otro tiempo, hacía mucho, había estado asfaltada; luego se ensanchaba y se convertía en una calzada de cemento que iba a desembocar en la era. Ya había varios coches aparcados.

Allí donde cabría esperar una casa de labranza y sus dependencias estaba solo la era, y a un lado se alzaba un enorme establo de hojalata más parecido a un hangar. Todo eso se veía a la luz de los reflectores que iluminaban el lugar desde el enorme establo.

Se apeó de la furgoneta y vio dos viejos autobuses junto al establo, sin cristales ni capó, y a la luz plateada que los alumbraba ofrecían

cierto aspecto de grandes peces destripados. Dejó la cachorra en el asiento. Sobre las puertas del establo vio la pintura descolorida de un letrero en el que se leía AUTOBUSES DAYCROOS y comprendió entonces que ese espacio era en realidad un amplio aparcamiento. El otro hombre salió de su jeep y se acercó, y en ese momento se oyó el bullicio extrañamente ahogado de otros hombres procedente del establo.

Abrieron la furgoneta, retiraron los palés y desmontaron la torre de paja.

Cogió el saco con el tejón y lo dejó en el suelo. Exageró el esfuerzo.

Un macho, dijo. Pesa mucho.

El otro hombre hizo rodar el saco con el pie a modo de tanteo, y el saco pareció desmadejarse, como un borracho desplomado. Calzaba unas viejas botas militares. Calvo, enjuto y nervudo, tenía cierto aire de rata; era todo lo contrario del hombre corpulento y hosco. Llevémoslo adentro, dijo.

Se accedía al establo por una puerta lateral, y cuando la cruzaron, se produjo una explosión de luz y ruido. Revestían las paredes columnas de balas, cuatro o cinco en fondo, para contener el ruido que podría generar una gran multitud. En el centro de la cochera había un foso de mecánico destinado a la reparación de los autobuses. Alrededor, aquellos hombres habían construido gradas desde donde mirar.

El foso estaba alumbrado con lámparas auxiliares de taller y era un pozo de luminosidad, y el bullicio de la veintena de hombres allí reunidos podía compararse al que se organizaba antes de un combate de boxeo amateur.

Al cerrarse la puerta, algunos de ellos se volvieron y, viendo el saco, prorrumpieron en vítores. Un perro ladró como si oliera el tejón.

Al borde del foso, en un extremo, habían colocado una mesa de caballetes, y saltaba a la vista que el hombre situado detrás era el jefe. Tenía ante sí la lata con el dinero.

El hombre corpulento acarreó el saco hasta allí y lo plantó en la mesa. El tejón, cobrando vida, intentó escarbar e hizo tambalear la mesa. Una lata de cerveza cayó al suelo, cosa que los presentes recibieron con carcajadas a la vez que sujetaban la mesa. El hombre corpulento asestó un puñetazo al tejón, y éste se quedó quieto; eso despertó de inmediato una sensación de respeto y aversión hacia él. Es un macho grande y pesa un montón, anunció. Acto seguido echaron el tejón al foso.

Debido al carbón el tejón tenía más manchas negras de las que eran habituales.

Cayó torpemente con todo su peso pero enseguida recuperó la posición y empezó a desplazarse por el foso, arrimándose a las paredes, hasta refugiarse en un rincón bajo la luz cegadora.

Alzó la cabeza y olfateó el aire, oliendo los perros, alterados en medio de esa excitación contagiosa. El tejón, trazando pequeños círculos con el hocico, tenía algo de irreal bajo la luz blanca directa de las lámparas. ¿Alguna apuesta de salida?, preguntó el hombre a gritos.

Un hombre se había adelantado y mantenía un perro sujeto a la grada, y éste, con los ojos encendidos, soltaba espumarajos por la boca y se le veía en el pecho el movimiento acelerado del corazón.

En las gradas los hombres, inclinados al frente, calculaban a ojo el peso del tejón, y algunos de ellos esperaban a ver entrar un perro para hacer sus apuestas. Otros acercaban perros. En su mayoría eran lurchers, pero había también animales más grandes.

El tejón recorría el foso, se erguía como un oso sobre las patas traseras apoyándose en la pared, trotaba de aquí para allá e intentaba cavar, y los perros se alteraban, y los hombres parecían contagiarse de su excitación. De pronto echaron a un perro y éste arremetió contra el tejón.

Era un terrier, y lo echaron solo para evaluar al tejón antes de sacar a los perros grandes. El hombre corpulento oyó que un individuo se lo comentaba a otro, y fue como si se lo explicaran a él.

El terrier gañó y lanzó tarascadas, y el tejón agachó la cabeza entre las patas delanteras y confió en que el grosor y la dureza de su piel resistiera las tarascadas. El público prorrumpió en abucheos y silbidos, y el hombre corpulento sintió dentro de sí ira contra el tejón y, maldiciéndolo, lo instó a luchar.

Un individuo se asomó al borde del foso provisto de unas tenazas y azuzó al tejón mientras el perro acometía; el tejón levantó la cabeza y devolvió una dentellada al perro, reacción que los espectadores recibieron con sonoros vítores. El perro esquivó la dentellada, rápida como un relámpago.

El terrier, brincando, se acercaba y alejaba del tejón, gañía y embestía, intentaba asestar tarascadas, y de vez en cuando el tejón se desenroscaba y devolvía el mordisco entre clamorosos vítores. Al final el tejón se irguió y fue a por el perro con feroz energía. Lo agarró por debajo de la barbilla y le abrió el costado con la garra. Al instante recibió un golpe de tenaza en el cuello y soltó al perro, que gimoteaba y sangraba y, patéticamente herido, se arrastraba por la fosa. Los hombres prorrumpieron entonces en un griterío enloquecido.

Primer perro, instó el hombre. ¿Alguna apuesta?

Las tenazas habían sido forjadas específicamente para ese cometido y medían más de dos metros, y con ellas sacaron al tejón del foso a

rastras y lo inmovilizaron. Mientras se hacían las apuestas, entre tres o cuatro hombres le arrancaron las garras delanteras. Luego le sujetaron la cabeza en alto y, encajándole una palanca entre las fauces abiertas, le rompieron los dientes delanteros. El tejón, ensangrentado, forcejeaba e intentaba resistirse con toda la fuerza de sus veinte kilos de peso, pero los hombres lo obligaron a permanecer quieto y finalmente lo echaron de nuevo al foso.

Los perros estaban ya fuera de sí y, en medio de ese ruido ensordecedor y esa luz, el hombre corpulento contempló el tejón con gradual satisfacción. Antes de devolverlo al foso, uno de los hombres le había hincado la rodilla en el lomo mientras los otros, estirándole de las patas, le arrancaban las uñas con unos alicates. Ahora algunas de las uñas, las que no habían llegado a desprenderse, estaban astilladas y partidas.

El hombre colocado sobre el lomo del tejón había hincado la rodilla con fuerza mientras el animal se resistía y gruñía y resoplaba debajo de él, y el hombre parecía obtener un placer carnal y delicioso con eso. Se oía un zumbido uniforme. Ahora se olía la sangre en el aire.

---

Se sentía muy acompañado. La ávida crueldad del grupo creaba un entorno que le resultaba familiar y seguro, y por un momento tuvo la sensación de que entre aquella gente sus propios deseos no estaban proscritos. Reproducía los gritos de todos ellos dentro de sí, a través de los dientes apretados.

Y de pronto algo cambió. Lo asaltó nuevamente aquella otra sensación.

Los perros se hallaban en jaulas dispuestas contra la pared del fondo, y las jaulas de barrotes formaban una hilera. Bajo la brutal luz blanca, la piel de los hombres no parecía natural.

Era por el espíritu de banda que allí se respiraba, y por el *grupo* de hombres y la conciencia de que él era un elemento ajeno a eso; y se acordó de la cárcel. Allí, con la mirada fija en el foso, le sobrevino un pasajero aturdimiento. Es por ese policía, dijo. Hubo algo de contención en su manera de hablar para sí.

Al cabo de una hora poco más o menos los hombres estaban borrachos y aullaban como una jauría. El tejón ya apenas podía luchar. Se le agitaba el pecho. Yacía estúpidamente en el foso. Le lanzaron una lata de cerveza para incitarlo, luego otra.

Cuando por fin se revolvió, echaron otra vez a los perros.



# CUARTA PARTE

## EL MAR

# 1

Daniel, sentado en la camioneta, contemplaba el mar desde el aparcamiento, sin animarse a abrir la puerta. Tenía previsto aparcar en el pueblo, pero había atravesado el puro trajín de coches y personas en un estado de enajenado aturdimiento y seguido hasta el aparcamiento de la playa. Era la hora del almuerzo en el colegio y en el pueblo había niños por todas partes, y todo junto lo desbordaba. Se quedó allí con la mirada fija en el agua gris y compacta.

Esa mañana había descubierto que no quedaba papel higiénico, y le costaba creer que ésa fuera la razón que lo había obligado a salir.

La gente paseaba a sus perros por el paseo marítimo. Se la veía enrojecida, en cierto modo preparándose ante la subida de la marea, y más allá las gaviotas se alzaban y abatían por encima del agua. Había coches estacionados alrededor y, dentro, los ocupantes bebían de petacas y contemplaban el oleaje, empañándose las ventanillas por la condensación, y él percibía la plácida avenencia de las parejas de ancianos, el sencillo acto de unidad presente en el hecho de salir de casa para dar un paseo en coche y contemplar las olas durante un rato. Se los veía tan a gusto juntos como él se sentía con ella en el establo cuando llovía. En ese momento, mirando el mar, lo asaltó la gran añoranza que sentía por su pérdida.

Hacía días que no comía nada sólido. Se notaba ya las mejillas, como si las tuviese contraídas por la exposición al frío, y tenía en el estómago una continua sensación de vacío y náuseas. Habían empezado a dolerle los dientes.

Allí la brisa soplaba mucho más que tierra adentro, y el viento arrastraba los espumarajos de las olas. Se planteó adentrarse entre esas olas hasta desaparecer. Fue por la imagen de sí mismo viejo y solo. Pensó que él sería tan insustancial como esa espuma. Cuando ella le preguntaba si la quería, a menudo él le decía, y lo decía sinceramente, que no se imaginaba la vejez sin ella. Eso era una constante, por más que se tensara a veces la relación entre ellos. Se le antojaba una prueba de lo mucho que la conocía el hecho de poder imaginarla de vieja y al mismo tiempo recordarla de niña. Como si la viera en los dos extremos de la vida, como si la viera completamente.

Pero era incapaz de imaginarla muerta.

Había cerrado la puerta del dormitorio. Era consciente de que algún día el olor de ella se disiparía y desaparecería.

Junto a él había un chico en un coche, atento solo a su teléfono, y le veía el rostro iluminado por el resplandor, ajeno a ese mar grande e impresionante.

Bajó la ventanilla, arrancó y salió del aparcamiento para ir a la gasolinera, en las afueras del pueblo.

Detuvo la camioneta lejos de los surtidores de gasolina, se dirigió hacia el patio delantero, entró en la tienda, cargó con el papel higiénico que necesitaba y cogió de la nevera un envase de leche de cuatro litros. Había allí un camionero, sacando café de la máquina expendedora, pero no era conocido suyo.

Mientras recorría los pasillos, oyó marcharse al camionero, se volvió a mirar y lo vio dar un bocado a un bollo caliente en el momento de salir. Lo asaltó un asomo de hambre, que reprimió por pura costumbre, como si el hambre fuera un recuerdo más que una necesidad. Los artículos de los estantes aparecían ante él como objetos extraños, pero tenía la impresión de que cualquiera de ellos le exigiría algo si se lo llevaba a casa: lavavajillas, briquetas, un periódico. Algo lo instaba a coger esas cosas y volver a la normalidad, pero cuando surgía en él la esperanza de poder reunir la energía para eso, tendía el brazo con la intención de tocarlas y la energía se esfumaba, y al final solo llevó a la caja el papel higiénico y la leche.

¿Cómo van las cosas?, dijo el dueño de la tienda. Lo preguntó con tono ecuánime.

Tirando, contestó Daniel.

El dueño asintió con la cabeza. Marcó los dos artículos en la caja.

¿Quieres que te los cargue a cuenta?, preguntó. Los dos hombres se conocían desde hacía tiempo y sus conversaciones se reducían siempre a eso.

Daniel pareció confuso momentáneamente ante la pregunta. Esto. Sí, dijo.

¿Estás bien?, preguntó el dueño. Sabía lo de su esposa, como todo el mundo. No quería hacer ninguna alusión demasiado directa, pero Daniel le caía bien. Viéndolo, procuraba disimular lo que sentía, que era lo mismo que uno siente al ver un animal arrollado en la carretera y detenerse.

Ajá, contestó Daniel. El dueño lo miró, juntó los labios en señal de aceptación y asintió.

¿Quieres algo más?, preguntó.

No.

¿Algo de comer? Había un mostrador con comida caliente expuesta: bollos de queso y jamón, unas cuantas empanadillas, lonchas de beicon bañadas en grasa bajo la luz caliente.

Sintió un breve destello de un hambre inmensa, pero era como si ya no supiese registrarla, y maquinalmente dijo: No, eso es todo. El dueño lo miraba como si acabara de verlo recibir un golpe en la cabeza.

Muy bien, pues.

Daniel cogió la compra del mostrador y salió. Se volvió, se despidió con un gesto y cruzó el patio vacío mirando las ricas casas georgianas al otro lado de la carretera.

Subió a la camioneta, y estaba a punto de arrancar cuando el dueño reclamó su atención con un golpeteo en la puerta y le entregó un panecillo con beicon por la ventanilla abierta. A Daniel se le revolvió el estómago de inmediato. Miró el panecillo en sus propias manos, y el dueño se limitó a dar un golpe en la puerta y se alejó.

---

De camino a casa vio el tejón en la carretera. Aflojó la marcha. Estaba allí tirado en la calzada. Lo picoteaba una urraca. Cuando Daniel se acercó, el ave dio un último tirón y la pata del tejón se levantó como si saludara. Luego volvió a caer, y la urraca soltó el jirón de carne que intentaba desprender y, brincando, desapareció más allá de la cuneta.

Daniel no lo entendía. Había vivido allí toda su vida y nunca se le había cruzado siquiera la posibilidad de atropellar un tejón.

Siguió pensando en el impacto. En el espantoso impacto.

# 2

Apartó las bolsas de plástico, hechas un rebujo, y los artículos de limpieza y el betún y el recogedor y el cepillo y la caja de tuercas, bisagras y tornillos, y encontró, allí debajo del fregadero, un tarro vacío y lo abrió y lo olió. No olía a nada, y olió solo la lanolina y la paja y el permanente tufillo a vaca en sus manos.

Habían pasado otra racha de frío, que pareció disminuir el ritmo de la parición durante un tiempo, y ahora solo quedaban unas cuantas ovejas por parir, y se observaba en ellas cierta reticencia.

Aún no había aceptado la muerte de su mujer como hecho. Le era imposible.

Daniel miró la etiqueta descolorida del tarro, raspada y un poco despegada a fuerza de lavarlo. Mora. Recordó el sol cálido en el cuello, la delicada presencia de ella a unos metros de distancia, el firme chasquido que se oía al arrancar las bayas.

Se metió el tarro en el bolsillo, salió por la puerta de atrás, cruzó el jardín estragado y se encaminó hacia la iglesia con la tela de su mujer en la mano apretada.

La iglesia se hallaba en lo más alto de la finca, circundada de una tapia y flanqueada, en uno de sus lados, por unas hayas de aspecto muy digno. Era la iglesia donde se casaron sus padres y la iglesia donde ella estaba enterrada, junto a la finca, como si le bastase tender la mano mientras dormía y tocarla. El día anterior al funeral Daniel había oído, desde la casa, el ruido de las palas cuando cavaban.

Se arrodilló junto a la tumba, sacó el tarro e introdujo en él la tela, metida dentro de una bolsa de plástico, y allí le dejó el tarro, hincándolo un poco en la tierra blanda.

Retiró las flores de pétalos abarquillados y miró la lápida. Parecía nueva y de plástico. Carecía de peso y de permanencia. Leyó su nombre y hundió la mano en la tierra por encima de ella y deseó sacarla de allí a tirones y volver a tenerla consigo.

En el funeral se sintió aturdido, con la convicción de que ella estaría en casa cuando él regresara. Era como si se encontrara a distancia de lo que ocurría. Percibía el olor a tierra removida, como cuando cavaban juntos en el jardín, y miraba alrededor una y otra vez,

buscándola. Un día iba en la camioneta y dos palomas se posaron en la carretera, y el coche de delante no frenó y atropelló a una, que quedó reducida a pulpa sin nada más que un golpe sordo y un breve cambio de velocidad. Tuvo la sensación de que en el funeral la gente lo miraba con la misma cara que, imaginaba, había puesto él en aquel momento. Como si fueran conscientes de que estaba a punto de ser aplastado por algo grande y horrendo.

> … como la hierba son sus días;
> florece como la flor del campo;
> … y pereció,
> y su lugar no la conocerá más.

Vuelve a oír la voz del párroco, esas palabras cinceladas ahora en su cerebro como trazos en la pizarra de las lápidas dispuestas en torno a él.

Se negó a aceptarlo. Yo no creo que eso sea así. La miró y habló como si se dirigiera a ella. Yo no creo que eso sea así. Creo que los lugares sí tienen memoria.

Caminó entre las lápidas hacia la verja del camposanto y contempló el amplio valle. En el aire, por encima de él, los milanos reales oteaban los estallidos de aulaga. Salió del camposanto y siguió el camino de herradura que discurría junto a la tapia. Como tenía por costumbre, rozó a su paso las antiquísimas piedras, el atlas de liquen dibujado en ellas, miró las pilas de hierba segada procedente del camposanto, los ramilletes dispersos de flores de plástico retirados de sus sitios, jarrones rotos y cintas raídas de ramos descompuestos hacía tiempo, colores extraños que allí por alguna razón resultaban antinaturales y sumamente carnavalescos. Apenas advirtió el paso de la furgoneta. No alzó la vista. Miraba la tierra de la tumba impregnada en sus manos, todavía húmeda.

Los lugares sí tienen memoria, pensó. Los lugares deben tener memoria.

---

El hombre corpulento vio a Daniel junto a la tapia; pisó brevemente el arcén con la rueda delantera al volverse para mirarlo. Una impresión acudió a él: ese hombre era débil.

Observó la iglesia alejarse en el retrovisor, aminoró la marcha al pasar frente al acceso a la granja y dejó que la impresión adquiriera cuerpo. Dobló el recodo y se detuvo en el arcén.

El hombre corpulento se sentía aún incómodo. Ese policía, pensó. Agh.

Había recibido la llamada esa misma mañana y tenía poco tiempo para tomar decisiones; aquellos hombres estarían allí esa noche.

La primera tejonera que acudió a su mente estaba demasiado cerca de las dependencias de granjas donde había hombres y perros que no conocía. Éste podría ser el sitio.

Es débil, pensó el hombre corpulento. Es débil y lleva la granja él solo. Estará ocupado. Allí las noticias volaban, se propagaban, y también él sabía de la muerte de la mujer de Daniel y la razón por la que visitaba el camposanto. Intenta salir adelante sin la ayuda de nadie.

Tenía localizadas las tejoneras de la zona y sabía que ésa en concreto se hallaba relativamente lejos de la casa de labranza. Podía acceder a pie desde su propia granja. Éste es el sitio, se dijo. Un hombre solo, ¿qué puede hacer?

Se apeó de la furgoneta, y ésta se elevó y relajó. En los campos los corderos balaban con frecuencia y en el terraplén se veía un destello verde de vegetación nueva. Atravesó la estrecha carretera y se asomó por encima del seto para mirar el campo. Después de la lluvia ese primer campo, el más alto, rezumaba agua. El hombre corpulento lo examinó. Ignoraba si los tejones estarían en su madriguera.

Regresó a la furgoneta y avanzó un trecho más. Estacionó junto a una portilla, saltó por encima y desanduvo el camino atajando por lo alto del campo. Luego siguió por el acceso a la granja, y cuando entraba en el segundo campo, una bandada de tordos alzó el vuelo. Continuó andando, atento al terraplén.

Campo abajo se abría una senda en el terraplén. El endrino que la coronaba parecía un túnel, y allí la tierra estaba removida y excavada, como si se tratara de una vereda primitiva. Junto a la senda se amontonaban los restos de helechos cortados, como si los hubiesen desparramado.

Oyó el golpe de la portilla al final del acceso a la granja y a continuación el peso de Daniel al posarse en el suelo. Oyó los pasos acercarse por el camino.

Se quedó muy quieto.

Cuando Daniel hubo pasado, el hombre corpulento examinó la aulaga y el denso endrino y vio allí el pelo gris y tieso del tejón.

Eso me basta, pensó. Estaba decidido. Ésa era señal suficiente.

Se arriesgaría a dar por hecho que los tejones estaban allí.

Sabía que la tejonera se hallaba en el bosque situado en el linde de la granja.

Ese hombre no tenía ninguna razón para ir hasta allí, dijo.

# 3

Cuando Daniel entró en el establo, vio de inmediato algo anómalo en la oveja. Tendida en la paja, con las rodillas flexionadas como un camello y la cabeza erguida, movía los labios desesperadamente, tan tensa como si intentara librarse del dolor que sentía en la parte trasera del cuerpo.

Saltó la cerca del compartimento reservado a las ovejas con toxemia y se acercó a ella. Por los espumarajos en torno a la boca, daba la impresión de que llevaba así ya un tiempo, y Daniel pensó en el mar y las olas, y en adentrarse en ellas y en el cansancio vacío que padecía.

La oveja estaba dilatando y había roto aguas, pero se veían demasiada sangre espesa y fluidos en la paja, como si hubiesen manado de ella a borbotones, y las otras ovejas, dispuestas en círculo a cierta distancia de ella, parecían inquietas. Daniel maldijo una y otra vez para sus adentros, y ésa era su manera de recuperar el control de las cosas, de llevarlas a un mundo manejable.

Introdujo la mano en la oveja, y como ésta corcoveó, tuvo que apoyarse en ella. El animal fijó en él una mirada enloquecida cuando sintió que lo forzaba e intentaba llegar con la mano hasta el útero a través de los músculos atenazados por el pánico.

Encontró una cabeza y trató de delinear su forma con el pulgar, identificar el hocico y el lóbulo craneal y bajar por el cuello. Localizó una pata delantera, doblada como un codo, y tiró de ella al frente para extenderla junto al cuello como si desatara un nudo en la oscuridad, percibiendo en el brazo la extraordinaria fuerza de la mordaza formada por la pelvis de la oveja.

El animal jadeaba y gemía, y Daniel cerró los ojos e intentó ver con las manos la forma de los corderos dentro de ella. Hay dos, pensó. A menudo están comprimidos y revueltos. Cuando la oveja intentó sacar al cordero otra vez, Daniel sintió la contundente presión del rechazo de la pelvis, como unas fauces, y apretó los dientes.

Allí algo no encajaba. Daniel no lo entendía y la oveja tampoco. Intentando dibujar los contornos de los cuerpos dentro de ella, siguió un cuello viscoso hasta las patas delanteras. Con los dedos extendidos,

rozó la corva. Un cordero. Sacó un poco el brazo y encontró la segunda cabeza. Al principio le pareció que tenía una forma extraña; luego interpretó los huesos blandos por encima de los ojos, localizó el pabellón flexible de una oreja, y mientras movía la mano lo entendió, y al entenderlo se revolvió algo dentro de él como un vómito.

La oveja ahora estaba amoratada de dolor y se quejaba incesantemente, y Daniel percibía sus esfuerzos para expulsar la causa de ese dolor, percibía el cordero monstruoso que presionaba dentro de ella contra los huesos incapaces de ceder más.

Cuando se irguió, sintió náuseas y unas manchas se deslizaron ante sus ojos como motas de polvo de heno. Como la momentánea sorpresa de levantar una caja vacía cuando uno esperaba que estuviese llena.

Se acercó al hervidor y buscó el cuchillo y revolvió en la caja de herramientas junto a la puerta. El veterinario tardaría demasiado. Mientras lo calculaba, procuró endurecerse ante su propio rechazo a ver a alguien, a tener que hablar y trabajar con el veterinario. Pero tardaría demasiado… No estoy equivocándome en mi decisión, pensó.

Vertió agua hirviendo sobre el cuchillo y la sierra de arco en un primitivo intento de esterilización y, volviendo junto a la oveja, trató de tranquilizarla. Ésta concentraba toda su energía en el esfuerzo de expulsar al cordero y, en su agotamiento, era incapaz de moverse; de vez en cuando, en su dolor inconcebible y enajenador, se daba de cabezazos contra la pared de bloques de hormigón.

La oveja estaba empapada, y Daniel se secó las manos y los brazos en la paja, limpiándose la viscosa grasa de los fluidos y la sangre y el lubrificante para poder empuñar mejor la sierra; luego introdujo la mano izquierda en la oveja y localizó la cabeza deforme y más pequeña.

Entonces se dejó llevar por la brutalidad, una brutalidad impuesta por la necesidad de hacer aquello, y extrajo esa cabeza semejante a la de un ratón.

La oveja chilló, y Daniel tiró de la cabeza para sacarla lo máximo posible, palpando en el interior para ver dónde arrancaba el cuello atrofiado en el cuerpo muerto. Luego tiró aún más de la cabeza para tensar ese cuello y cortarlo con la sierra. La piel colgante se plegó bajo los dientes de la sierra hasta que la hoja penetró y cortó y se hundió en la carne casi irreconocible hasta las vértebras espurias.

Traspasó el hueso, y la cabeza quedó suspendida, y Daniel, para acabar de desprenderla, tensó la cinta de carne y venas a fin de cercenarlas.

Cuando se soltó, el muñón volvió a entrar en el cuerpo de la oveja, y ésta, por efecto del shock, intentó levantarse, y Daniel tuvo que volcar brutalmente todo su peso en el animal mientras éste

corcoveaba y coceaba. La oveja estaba cubierta de sangre, y había sangre en la paja, y salpicó a Daniel en la cara y la boca mientras la sujetaba, hasta que por fin notó que la abandonaban las fuerzas.

Volvió a introducir la mano en la oveja, y cuando ésta se resistió, se le clavaron en los nudillos las vértebras astilladas de la cabeza seccionada y sintió un dolor agudo. El animal lanzó una coz y lo alcanzó por debajo de la rodilla con una fuerza inconcebible pero de algún modo inadvertida en medio del ruido de la adrenalina y la sangre de ambos.

Metió la otra mano, alineó las patas delanteras del cordero y, sujetándolas entre los dedos, extrajo la otra cabeza a través de la abertura, seguida del cuerpo muerto, sin voluntad, sin vida, como la pasta de un tubo.

Después de sacar la cabeza y las patas, volvió a introducir la mano para ayudar a salir el muñón deforme y finalmente logró arrancar el cordero del interior.

La oveja, tendida, gorgoteaba y parpadeaba, e incluso en ese estado, por efecto de algún tipo de programación maternal, se volvió para limpiar a su cría y la miró, viendo sus cuartos traseros malformados, semejantes a un pez, como si hubiera salido misteriosamente del charco de sangre y fluidos que ensuciaban la paja.

Daniel contempló el cordero con una sólida sensación de náusea y fue en busca de un saco.

Cuando volvió, la oveja lamía la cabeza cercenada, y sintió que la náusea le subía a la garganta. Intentó ahuyentar la imagen de la cabeza destruida, la cabeza destruida de ella.

Metió en el saco el cordero y la cabeza separada del cuerpo y recogió la paja sucia antes de limpiar la sierra y lavarse las manos bajo el grifo. Después bebió agua a tragos desesperadamente. Se echó iodo en los nudillos y se mordió el labio al sentir la punzada de dolor y se sentó apoyado en el surtidor. Temblaba y dentro de él, en algún lugar, empezó a formarse una gran ira impotente.

Deseaba el impacto final. Apenas le quedaban fuerzas para mantenerse en marcha, y sentía el intenso deseo de que se las arrebataran de un último golpe, el deseo de sufrir una colisión insuperable para poder yacer sin más. Era una especie de ira impotente y débil, y ahora veía con serenidad la perspectiva del fracaso. Igual que un boxeador que avanza a trompicones para recibir gustosamente el puñetazo que por fin lo derribará. Que le permitirá descansar.

Pero, Dios mío, pensó. Siento esta ira. Es la ira lo que me empuja a mantenerme en marcha. A apretar los dientes, a seguir adelante. Es como si la ira fuera a obligarme a trabajar hasta el agotamiento, sin

poder detenerme.

A ella eso no le habría gustado. No le habría gustado que anidase dentro de mí esta ira. Yo no era un hombre iracundo.

Dios mío, pensó, dame algo con que consumirla. Pensó en un colosal accidente de tráfico, en el enorme impacto finalizador. Apoyó la palma en el montante y sintió la madera áspera bajo la mano. Ella estaba presente en todos los rincones del establo.

A continuación pensó otra vez en ella con la tela en el pelo. En ella sonriente. Puedo conseguirlo, pensó. Aún puedo conseguirlo. Recaía en él la enorme responsabilidad de la granja, y seguiría adelante por eso. Aun así, parecía saber que la necesidad del golpe, el choque definitivo, lo asaltaría cada vez más.

# 4

Otra vez amenazaba lluvia, y el cielo se amorataba y se acercaba desde el mar.

El hombre corpulento aparcó la furgoneta. Tanta lluvia había revestido el barro de una pátina brillante.

Se apeó y avanzó entre el despliegue de neumáticos y trozos de chapa rota y escamas de amianto hundidas en la tierra de tanto pisarlas.

Los perros se habían alterado al oír la furgoneta, y él les gritó. Callaron. En el cobertizo el gran mastín embestía la pared con fuerza animal.

El hombre corpulento entró e hizo la llamada.

Ya tengo el sitio, dijo. No podía quitarse al policía de la cabeza. Era como una garrapata en el cerebro. Soltaré al mastín, pensó.

La última vez encontraron las armas y los venenos ilegales, y luego, mientras los agentes fotografiaban los hallazgos in situ, los ladridos de los perros que llevaban se redujeron a un gañido grave de localización.

Cuando prosiguieron con el registro, encontraron el dinero que había acumulado, pero no concedieron importancia a los mapas. Encontraron pornografía y unas cuantas revistas de caza viejas, y cogieron expeditivamente los mapas del servicio cartográfico, igual que la pornografía y las revistas, y volvieron a dejarlos. Sus mapas eran su orgullo. En ellos constaban todas las tejoneras en kilómetros a la redonda, y si bien guardaba la información en la cabeza, establecía con los mapas esa peculiar asociación totémica atribuida a las cosas que marcamos con una finalidad. En cierto modo lo definían.

El juez de paz era socio capitalista de una constructora de la zona y miembro del club de caza y sabía que él era hombre de terriers. Hubo indulgencia. Todo aquello que habían encontrado podía explicarse: las armas y el veneno, para mantener a raya a las alimañas; el dinero descubierto, debido a algún sentimiento antisocial contra las cuentas bancarias. Las armas incluso podían ser una reacción paranoica para proteger esos fondos. Tenía esa defensa, la del marginado caído en el olvido, rechazado por la sociedad, que solo

pretendía ir a la suya. Pero si hubieran establecido una conexión entre todo eso y los mapas, habrían podido empezar a extrapolar, a seguir la pista de su criminología.

Cuando se lo llevaron, esposado y arrojado sin contemplaciones a la parte trasera de un furgón, la finca producía la misma sensación de vacío que un jardín después de una tormenta. Le cayeron un par de meses. No volvería a salir tan bien parado una segunda vez.

En su ausencia sacrificaron a los perros.

---

Daniel contempló el saco acabado de pienso, ahora al pie del almiar, atado con cordel de embalar. Contenía el monstruoso cordero mutilado, sus dos cabezas allí juntas como si mantuvieran una conversación, un horrendo diálogo cercenado. Ella se ha librado de ver esto, pensó. Era algo que aborrecía, estas espantosas intervenciones. Luego dirigió la mirada hacia la puerta, donde estaban las herramientas, la posó en la grotesca sierra.

Se preguntó qué podía hacer con el cordero y supo que lo llevaría al linde del bosque y lo tiraría allí sin más. En principio debía declararlo, realizar ciertos trámites, incinerar los restos. Pero no le veía sentido a todo eso, y aunque fuera impropio de un granjero incitar a las alimañas, prefería que un zorro o quizá un buitre se llevara el cordero muerto. O tal vez los milanos que oteaban el terreno y siempre volaban en círculo sobre los campos superiores al final del día.

Puso el saco en la cesta del manillar del quad, arrancó y cruzó el campo. En el acceso a los campos, la tierra estaba blanda y la hierba cortada, y la notaba esponjosa bajo él por el agua acumulada después de semanas de lluvia.

Se apeó y abrió la portilla inferior y, hundiéndose en el barro, volvió al quad. Cruzó la portilla abierta y siguió hasta el linde del bosque.

Allí el terreno estaba cubierto de maleza y vertía sus aguas en una pequeña charca, y cuando él la vadeó en el quad, una bandada de cercetas alzó el vuelo con un silbido, despegándose de la superficie del estanque con esa vitalidad característica de las aves pequeñas. Las observó elevarse en el ángulo extremo propio de su vuelo y virar por encima del bosque, piando y silbando vigorosamente, antes de perderse de vista a lo lejos.

Las cercetas eran aves salvajes y se desplazaban hacia el sur tras los pasos de un clima más frío. Cuando tenías una en la mano,

entendías lo delicadas y frágiles que eran, y costaba creer que pudieran sobrevivir en el agua.

Ése era el campo donde su mujer murió. Se volvió a mirar la granja, el extraño kelp dejado en los campos húmedos por las huellas del quad, y procuró no pensar en ello.

Cogió el saco, desató el cordel y tiró el cordero. Volvió a sacudir el saco y salió la cabeza cercenada, que rodó un poco por el suelo como un balón grotesco. Daniel sintió una breve náusea; a continuación se agachó, cogió por la oreja la cabeza desgajada y la lanzó con fuerza hacia el bosque por encima del estanque.

Lo asaltó la imagen de ella allí tendida, con la cabeza aplastada. Él tenía las rodillas hincadas en la tierra encharcada, y parte del rostro de ella había quedado como una bolsa de plástico arrugada y la sangre se propagaba espesa sobre la superficie del agua. Había oído el golpe, lo había percibido casi como algo que no debía formar parte del conjunto de sonidos propios de la granja. Fue por la velocidad. Y luego oyó correr a la yegua. Registró esos sonidos en una décima de segundo, y al instante se convirtió en ese ser cuyo único objetivo era llegar hasta ella lo más deprisa posible. Vivió aún cinco minutos, quizá, no más. No podía hablar.

Daniel se sentó en el suelo junto al cordero. Empezó a llover otra vez, y la lluvia producía un susurro al caer en el agua superficial del campo, casi un silbido entre la hierba. A veces se oía agitación en el agua cuando unas cuantas cercetas extraviadas regresaban al estanque.

El peso de la lluvia, el sitio donde estaba sentado, cierta combinación de detalles en torno a él se aglutinaron hasta formar otro recuerdo: él inmóvil con su arma mientras los demás azuzaban a los perros a través del bosque. Allí al acecho, concentrado y presto con una sensación de extraña intemporalidad, olía el metal laminado de la escopeta, sentía la lluvia embeber su pelo y resbalarle por la piel, oía el golpeteo de la lluvia contra el impermeable, y comprobaba de vez en cuando la posición de los otros cazadores también al acecho en el campo. Se oyó el aviso «Por allí», y un faisán macho salió de entre los árboles, y Daniel le disparó justo en el momento en que aceleraba, abatiéndolo entre los carrizos que circundaban el estanque. Fue un tiro directo, de pleno, y el ave rodó y se desplomó.

Cuando fueron a cobrarla, no la encontraron. El ave había caído como una piedra y él había identificado el lugar, pero cuando se adentraron entre los carrizos, no la vieron, y los perros estaban enloquecidos por el sinfín de rastros que se entrecruzaban en aquel espacio. Hallaron un resto de plumas donde se produjo el impacto, pero el ave había desaparecido, y se preguntaron si acaso había poco antes algo entre los carrizos que se había apresurado a llevársela sin

dejarse ver.

Tres semanas después salieron otra vez de caza. Daniel estaba junto a un seto, y salió corriendo un faisán macho, seguido de un spaniel. El perro lo alcanzó y le hincó el diente, y Daniel oyó al guía llamarlo y ordenarle que soltara el ave, y como él era quien se hallaba más cerca, se acercó al trote hasta el ave y se la cobró. Al instante se le antojó descarnada y liviana, como la mano de un anciano; no era magnífica como lo son los seres salvajes sanos.

Sostuvo en alto el faisán mientras los otros se aproximaban, y el ave lo miró, y abrió y cerró los ojos lentamente una sola vez; luego murió. Expiró en sus manos, sin más. Cuando el cuerpo del pájaro quedó flácido, Daniel percibió una vaharada de olor. Examinó al ave y, al separar las plumas, vio en el lomo marcas de perdigones y una suave coloración verde a causa de la gangrena. Era el ave que él había abatido, no le cupo la menor duda, y había sobrevivido en ese estado durante tres semanas, descomponiéndose, hasta morir acusadoramente entre sus manos. Como si hubiese aplazado el momento para que él lo viera. Daniel siguió viendo ese ojo abrirse y cerrarse lentamente. Con aquello perdió las ganas de volver a cazar, y fue como un presentimiento de algo.

Bajaron a la charca unas cuantas cercetas más. Se sintió distante. Se sintió distante de todo, de aquello que había dentro de él y de aquello que lo rodeaba.

La muerte de ella seguía siendo incomprensible y a la vez un hecho como cualquier otro, y Daniel se quedó allí sentado bajo la lluvia sin más, enfriándose y escuchando el susurro de la lluvia al caer en el agua superficial y preguntándose a qué profundidad había llegado la sangre de ella.

---

# QUINTA PARTE

## EL FRAGMENTO

# 1

Primero cogeré el dinero, dijo el hombre corpulento.

Se acercaba la Semana Santa y aquellos hombres querían que los llevara a una tejonera para ejercitar a sus perros. Eran de los Midlands. En su mayoría eran de los Midlands o de los Valles del Sur, los hombres que acudían a él para eso, y empezaban a aparecer sobre todo en esa época del año. Ésa era una de las razones por las que se veía aumentar el número de tejones muertos en la carretera.

Plegó los billetes de veinte, se los metió en el bolsillo interior del abrigo y se subió la cremallera.

Bajaremos desde aquí, anunció. Los hombres asintieron. Estaban allí de pie con los dos lurchers, cada uno con su correa, y los terriers seguían en el coche. El hombre corpulento había descargado un saco en el suelo, y los lurchers miraban fijamente el saco. Los otros dos hombres vestían ropa de camuflaje excedente del ejército, y eso provocó en él aún más rechazo.

Ante la presencia de los nuevos perros, el mastín enorme, dentro del cobertizo, se sentía provocado, y las paredes resonaban por la fuerza del animal en su interior. Cada tanto los hombres dirigían miradas de incertidumbre hacia el cobertizo.

Reunieron las herramientas y las dejaron apoyadas en el coche. Allí estaban las palas y el pico de mango largo. Tenían asimismo la estaca de hierro, y colocaron sobre el capó la podadera, el hacha pequeña y un serrucho.

El hombre salió de uno de los cobertizos y puso sobre el capó el alambre para trampas y unas cuantas estaquillas.

Lo más probable es que no haya sitio para un foso, dijo mientras dejaba las trampas en el suelo. ¿Quieren liquidarlo allí mismo?, preguntó el hombre a modo de verificación.

Los hombres asintieron. En uno de ellos, el más delgado, se traslucía ya la saña cruel que anidaba en su interior. El otro solo parecía propenso a empujar cosas y romper cosas, y aparentemente no poseía la misma clase de crueldad científica del hombre delgado.

Si quieren liquidarlo allí mismo, puede que no haya espacio para un foso. Si es así, lo colocaremos en un árbol.

En el coche los terriers enloquecieron al ver las herramientas.

¿El arma?

El hombre más grande asintió, se acercó al coche y regresó con la escopeta enfundada. Físicamente era poco elástico.

¿Tiene licencia?, preguntó el hombre corpulento, y el otro asintió y dijo que sí con un marcado acento de Birmingham. Tenía una forma cuadrada, sin cuello, pero no aparentaba grandes facultades atléticas. Es un arma registrada, respondió, diciendo «arma» como si fuera el término galés, pero con su propio acento.

Se repartieron las herramientas y sacaron a los terriers del coche.

¿Qué hay en el saco?, preguntó el flaco. Daba la impresión de que el hombre más grande era también más cauto y lento a la hora de hacer preguntas y mostraba respeto por el otro hombre corpulento, pero ese flaco tenía menos inteligencia social.

Volvió a dejar el saco y extrajo el zorro. Si uno no se fijaba bien, no veía las quemaduras en los ojos resultantes de la congelación del cuerpo.

Los corderos balaban en los campos y empezaba a clarear.

Vamos a por zorros, dijo el hombre corpulento. ¿Queda claro? Y los dos hombres asintieron.

Bajo aquella luz, las herramientas parecían de piedra.

Atravesaron las tierras del hombre corpulento con perros y herramientas, y luego el cementerio de máquinas.

El hombre más grande era un entusiasta de los coches antiguos y se sulfuró ante lo que vio allí como si fuera un mecánico arqueólogo aficionado: el Rover P6, el Triumph reconocible solo por su esqueleto.

Los hombres no se esforzaron en evitar el ruido, y cuando pasaron junto al seto, alborotaron a los mirlos que se habían refugiado allí durante la noche, y se los oyó taladrar la oscuridad residual con sus reclamos penetrantes como láseres.

Messie se adelantó y rastreó el terraplén, pero los demás perros iban atados, los lurchers enardecidos a causa de la tensión provocada por los conejos que se alejaban rápidamente de la luz de sus linternas. En el campo, aquí y allá, se veían los globos deshinchados de las esclerodermas amarillas, vaciadas de esporas como fruta de papel.

Descendieron hasta una arboleda y saltaron la cerca que delimitaba sus tierras, oyendo la leve brisa amplificada entre los avellanos. En realidad las linternas no eran necesarias, pero la gente de la ciudad no estaba acostumbrada a tanta oscuridad ni a ese nivel de silencio, y se ponía nerviosa.

Cuando salieron de la arboleda, el hombre corpulento les indicó que apagaran las linternas, y por un momento quedaron a ciegas. A

medida que se les adaptaba la vista, las formas fueron dibujándose con mayor nitidez, como las formas de un calco en cera.

Tenían que cruzar un campo bajo y abierto.

¿Están acostumbrados al ganado?, preguntó el hombre.

Los otros dos asintieron.

No podemos permitir que vayan a por el ganado.

Los hombres escrutaron el campo y finalmente distinguieron los extraños bultos de las vacas. Se inquietaron al verlas. Ninguno de los dos estaba habituado a los animales grandes.

Más allá del campo estaban las dependencias de la granja y las luces de la casa parecían parpadear entre los árboles deshojados que crecían delante.

Cruzaron la cerca y avanzaron junto al seto hasta dejar atrás ese campo. Siguieron hacia los campos superiores y salieron a la carretera. Un poco más allá abandonaron la carretera por un camino de herradura. Como había casas a la vista, no encendieron las linternas y, resbalando y maldiciendo, básicamente se dejaron llevar por los perros. El hombre más grande tenía la respiración agitada y jadeaba y empezaba a resentirse del asma. De vez en cuando se oía un silbido cuando usaba el inhalador, y resultaba infantil que un hombre así de grande usara una cosa tan pequeña. Le daba un aire de bobalicón.

Se extendía ahora una luminosa luz azul, y se detuvieron por un momento para contemplar el valle mientras se hacían visibles las extrañas formas hinchadas de las ovejas, las casas de labranza enjalbegadas con sus ventanas centelleantes como el cuarzo en la tierra llana y gris.

Ahora volaban ya algunas aves y, cosa extraña en esa luz, un grupo de gaviotas se dirigía fantasmagóricamente hacia la playa, como si huyera de la luz naciente. Desde allí no se veía el mar, pero se intuía.

Recorrieron con la mirada las curvas femeninas de las montañas, y el hombre les dijo a donde iban. Luego atajaron por el camino contiguo a la tapia de la iglesia, olfateando los perros las cintas y las flores de plástico procedentes del camposanto que habían llevado hasta allí las urracas, y saltaron la cerca y entraron en el campo en pendiente.

El hombre corpulento sabía que allí arriba no los verían desde la granja.

Ése es el bosque, dijo. Señaló. Allí estaba la masa oscura, como pelo en un cuerpo, justo ante ellos. Iremos dando un rodeo, dijo. La granja está justo allí abajo. Oían los sonidos amortiguados del establo. Los lurchers estaban tensos por la presencia de las ovejas, y éstas resoplaban y pateaban el suelo.

No es terreno fácil, dijo. Hay que atravesar alguna zona pantanosa.

Estaba pensando en el hombre asmático, no con preocupación, sino con cierto desprecio.

Los terriers estaban tensos y temblaban ya de excitación.

Saque la escopeta, dijo. Deme a los perros.

El hombre más grande desenfundó el arma, la abrió y la sostuvo en el brazo, y el otro hombre corpulento sujetó a los perros.

Ahora, dijo. Vayan.

Los hombres se abrieron paso por los campos, manteniéndose muy arriba, junto a los setos, para que no se los viera desde la granja. Entraron por un lado en el campo donde estaba el estanque y recorrieron apresuradamente los escasos metros de terreno al descubierto que los separaban del bosque. Los patos posados en el agua empezaron a parpar y a mirar con los ojos desorbitados, pero no se alzaron hacia la impredecible luz.

Ya en el bosque, el hombre corpulento supo que no había peligro en utilizar las linternas con cautela.

Apúntenlas al suelo, dijo. Si las enfocan hacia arriba, él las verá.

---

La lechuza voló a baja altura entre los helechos, ladeó las alas y extendió las patas vellosas de una manera que tenía algo de felino, para ir a posarse en el poste, y su blancura era también la blancura limpísima de un gato con parte del pelo blanco. De pronto vio a Daniel y desapareció entre la maleza, dejando en su lugar un extraño silencio blanco, como hace la nieve.

No había podido dormir. En sus cábalas llegó a la conclusión de que las cosas se habían torcido por culpa del fragmento. Que de algún modo su extracción había alterado un equilibrio.

Se había quedado en la cama pensando en el saliente puntiagudo de las vértebras del cordero deforme, y eso lo había llevado a esta otra idea.

Permaneció inmóvil ante el fragmento. En otro tiempo lo había dotado de animación y aún poseía para él cierta presencia, pero allí era como un animal muerto.

Permaneció inmóvil en el campo. Se advertía en él severidad, una extraña rigidez. Las ramas podadas de los avellanos aún sobresalían.

La vegetación empezaba a irrumpir sobre la tierra. Los finos tallos de hierba parecían artificiales, demasiado finos y demasiado verdes en contraste con la arcilla. Cada tanto aparecía una ortiga compacta. Había una luz parcial. Allí donde aún quedaba agua, el suelo silbaba, pero las nuevas y ostensibles zanjas habían canalizado gran parte de la lluvia.

Se acercó a los restos de la fogata más cercana y golpeó con el pie ligeramente la costra de ceniza. Ahora presentaba un color rosa grisáceo, todavía con polvo blanco por la extinción de un intenso calor.

Tiró de la rama más larga de la pila, apartándose de la fogata hasta desprenderla del todo, y entonces se apoyó en ella y la partió por donde las llamas la habían consumido y reducido. Se produjo un estallido de carbón, un mirlo, un repentino y rápido reclamo en la quietud.

Daniel dio una patada al extremo quemado y lo hizo rodar para formar la punta dura de una gruesa lanza. Luego fue a la zanja de la que habían extraído el fragmento. Con el tiempo la tierra se había endurecido, en cierto modo había cicatrizado.

Utilizó la rama a modo de pala para volver a echar dentro parte de la tierra y pateó y raspó el reborde curvo de la zanja. Una vez más pensó: ¿Por qué no traigo conmigo las cosas que necesito? Como habría hecho ella. Pensó en la lechuza. Últimamente rondaba más por allí. No podía desligarla de ella.

Provisto del cartón vacío de un bloque de sales y minerales desechado, fue una y otra vez a las fogatas extintas y llenó el hoyo de ceniza húmeda. Después volvió a pisotear la tierra y el barro. A continuación utilizó el palo a modo de pico y comenzó a reabrir el agujero. Sintió correr por su piel un sudor frío, como si ahora hubiera frialdad incluso en su energía, no calor adicional.

A lo largo de unos pocos metros el fragmento se deslizó por la tierra mojada, pero de pronto se quedó hincado y Daniel lo desatascó. Percibió, bajo sus manos, la familiaridad del objeto.

Encontró un punto de agarre y, pacientemente, lo llevó hacia el hoyo, alzándolo un poco y dejándolo caer una y otra vez. Por último agarró el fragmento con los brazos muy abiertos y, con todas sus fuerzas, lo levantó y lo soltó. El fragmento se hundió bajo su propio peso.

Daniel se irguió y lanzó una breve ojeada en busca de la lechuza, creyendo que quizá estuviera allí.

Por un momento le pareció oír voces, pero descartó la posibilidad.

Miró el fragmento. Colocado así, era más alto que él.

Traeré el tractor, pensó, lo hundiré a golpe de pala. Sentía que debía restablecer algo.

Vio por primera vez las marcas en el hierro, una inscripción extraña y en parte familiar, un extraño ogam en la parte de abajo, la que antes estaba enterrada.

No pudo explicarlo, pero tuvo el presentimiento de que ahora todo volvería a su sitio. De que el fragmento nunca debería haberse movido

de allí.

# 2

El hombre corpulento evaluó el terreno. El montículo parecía asentado en un viejo claro. Lo circundaban árboles más gruesos y antiguos. Al pie se extendía una hondonada, como si el montículo hubiese surgido en algún momento por efecto de una gran excavación. Por algún motivo el hombre se acordó de la celda. Fue quizá por el denso muro de árboles.

El policía, pensó. No podía dejar de acordarse de aquellas cuatro paredes, la trampilla para la comida, el hacinamiento semejante al de una perrera. Para él, eso era lo peor: estar rodeado de gente y verse obligado a encajar en su sistema social. Él era un instrumento en tal medida que le era imposible dejar de hacer lo que hacía, pero ahora se sentía extrañamente expuesto. El policía le había crispado los nervios. No puedo volver allí, se dijo. Esta vez no saldría bien parado.

Cogió una linterna y la enfocó hacia el suelo para mantener el haz a baja altura. Veía que el montículo estaba colmado de acebo y, bajo esa luz, parecía nuevo, como recién lavado.

Agh, debería deshacerme del arma, pensó. Lo demás no es tan grave. Por lo demás no me detendrán. Mientras pensaba en las cosas en lo que pensaba, el tejón le sirvió de estímulo.

Lleven a los perros y localicen las bocas, dijo el hombre corpulento. Dejen a los lurchers. Cuando encuentren una boca, corten acebo, rellenen la entrada con él y luego tapónenla con piedras. O con leña. Con algo pesado. De momento tengan los perros a mano.

No es nuestra primera cavada, dijo el flaco. El hombre corpulento se limitó a mirarlo como si fuera de papel y pudiera hacer una bola con él.

Cuando los hombres de la ciudad volvieron, tomaron un trago y luego fueron a la boca de entrada con uno de los perros. El hombre corpulento empuñaba la pala y en sus manos parecía un garrote.

Pusieron el localizador al perro y lo hicieron entrar.

El flaco empezó a desplazarse por el montículo con la mirada fija en el receptor del localizador. El hombre corpulento soltó un espeso escupitajo. Se acordó del sonido de los perros en la cochera de

autobuses. De pronto el perro empezó a gañir.

El hombre corpulento giró dejándose guiar por el sonido. Intentaba representarse el sistema de túneles de la tejonera.

Siguieron la señal del localizador hasta que les indicó la posición exacta del perro. Los otros dos hombres reaccionaron con entusiasmo.

El hombre corpulento hundió la pala en la tierra. Aquí, dijo. Caven aquí.

---

# 3

Había transcurrido cerca de una hora y había caído un breve chaparrón. Trabajaban a la luz de las linternas, y fuera del espacio iluminado todo parecía impenetrable y oscuro. En el linde del bosque trinaba un petirrojo, indiferente al ruido de las palas, lo cual tenía algo de inquietante.

Habían soltado a los otros perros en el claro, fuera del montículo, y estaban todos adormilados o atusándose cuando el zorro pasó entre ellos. Al parecer el animal no cayó en la cuenta de dónde se había metido hasta que se hallaba ya en medio de los perros y éstos estallaron.

Los hombres abandonaron el montículo en dirección a los perros, pero el ruido había sido enorme y repentino. El zorro había desaparecido, y no se explicaban cómo pudo un zorro acercarse a ellos pese a su olor y el sonido de las palas, pero así había sido, y la reacción de los perros se había desparramado a través del manto de árboles.

Daniel avanzaba entre el ganado cuando lo oyó. Se detuvo. Por un momento escuchó el traqueteo del hierro acanalado mientras una vaca se rascaba dentro del establo, y el sonido metálico de un tractor al cambiar de pala en la granja contigua.

Su propio perro estaba de pie y alerta en el tejado de la caseta, y se oyó el tintineo de su cadena mientras olfateaba el aire, oliendo el eco del sonido. Al otro lado del valle, el ruido había excitado a los perros de otras granjas, pero él sabía qué era lo que había oído. No era un zorro, de eso estaba seguro. Era un ladrido distinto del que emitían los ovejeros. Era de perros más pequeños.

Permaneció inmóvil, como si recordara el sonido, como si intentara identificarlo, y a continuación cruzó el establo y miró en dirección al bosque por encima de los campos oscuros. Los sonidos llegaron a él a través de un muro de pensamientos. Aguzó el oído.

Los hombres calmaron a los perros, y al oír que los ovejeros de las granjas cercanas empezaban a ladrar, cayeron en la cuenta de que el ruido podía encubrirlos.

El hombre corpulento observaba las copas de los árboles, atento a la brisa, para ver hacia dónde podía haberse dirigido el sonido. Permaneció alerta, por si se oía el motor de un quad. Al cabo de un rato, como no se oyó, pareció tranquilizarse. Había aguzado los sentidos en una reacción animal, y ahora, al relajarse, todo su cuerpo pareció encogerse un poco dentro del enorme abrigo. Oía tenuemente los balidos reverberantes de las ovejas en el establo situado más arriba, y pensó que dentro el ruido debía de ser total e intenso. Agh, se dijo. Con semejante alboroto no habrás oído nada.

Al cabo de un rato empezaron a cavar otra vez.

Daniel permaneció inmóvil, aguzando el oído. Acababa de dar de comer a las ovejas, y justo en ese momento empezaban a apaciguarse después del barullo que se desataba cuando esparcía el heno. Ahora, mientras comían, estaban calladas, y aguzó el oído. Los perros lo habían inquietado. Se hallaba como en un estado de trance, igual que si palpara en busca de un cordero, igual que si su mente palpara sus tierras como una gran mano en busca de alguna anormalidad, algún defecto en el cuerpo, algún detalle fuera de lugar.

Y de pronto lo oyó, tuvo la certeza de que lo oía. Un leve impacto, ajeno al concierto de sus tierras. Una vez. Quizá dos. No era un sonido fruto del azar; era un sonido resultante del trabajo. Un chasquido lejano, como el que produce un tordo al romper la concha de un caracol. Y de pronto se extinguió.

A pesar del frío, el flaco trabajaba en camiseta, luciendo el tatuaje de la bandera nacional, cada vez más grotesco en medio de los esfuerzos del trabajo, y el extraño y febril bulldog en la cara interna del antebrazo. Exhibía ese enardecimiento característico de los hombres sin grasa, y golpeó una segunda vez la roca con el pico antes de que el hombre corpulento pudiera detenerlo, y aún una tercera, haciendo añicos la gruesa capa de esquisto, y los extraños ruidos percusivos flotaron en el aire.

Demasiado ruido, advirtió el hombre corpulento. La próxima vez cave alrededor de la piedra.

Tenía una fuerte actitud de mando, y el flaco lo miró con expresión de culpabilidad. Era como si, ebrio por el esfuerzo, mostrase una especie de excitación infantil. El hombre corpulento lo miró como si no lo viera. A continuación se adentró en el bosque.

Daniel fue a la casa, atravesó la cocina y entró en el cobertizo anexo a por el arma.

Abrió el armario y sacó la 410. Pero la dejó y sacó la calibre doce.

En su estado de cansancio la escopeta le pareció más pesada de lo

que recordaba. La abrió. El olor y el aspecto del arma le recordaron el fragmento enterrado en el campo, su olor metálico presente todavía en algún lugar de sus manos.

Cogió una caja de cartuchos y volvió a la cocina. Luego acercó la bolsa de arroz y se dispuso a cambiar los perdigones de los cartuchos por granos.

La Aga emitió un chasquido y captó su atención. Dejó el arma sin cerrar en la mesa y sacó la caja del horno abierto.

El cordero estaba muerto. Estaba muerto y a gusto.

Le palpó las costillas con la mano. Nada.

Se irguió y volvió a dejar la escopeta en el armario; luego salió. Y había en su actitud algo de sacrificio expiatorio.

---

El flaco, desde dentro del hoyo, pasaba la tierra al asmático. La profundidad del hoyo era superior a la estatura del flaco, y ya no se lo veía a menos que se asomara al borde.

De vez en cuando el hombre corpulento le daba agua, y él se la echaba en la cabeza como si estuviera acalorado. Estaban ya cerca del tejón y percibían su proximidad y azuzaban al perro con palabras de aliento.

El hombre corpulento había regresado y estaba con los perros.

Se acabó, pensó Daniel. Hasta aquí hemos llegado. Más no. Tendido en el suelo húmedo con los puños apretados, intentaba serenarse y espolearse a la vez. Notaba que los puños se le hundían en la tierra mojada.

Oyó a los hombres llamar al perro, percibió los acentos, percibió el sonido de la pala al penetrar en el suelo, un sonido amortiguado, mientras los hombres cavaban la tumba de ella a cierta distancia. El ruido del trabajo y la pendiente del montículo lo amparaban, y miró primero hacia lo alto entre los grandes árboles y después abajo, hacia el lugar de la cavada.

Había una pila de raíces cortadas. Las herramientas.

Notó que algo se adueñaba de él. Se acabó, se dijo. Le llegaba el olor de la tierra removida. En ese momento se puso en pie y los perros enloquecieron.

La pala que se acercó era como el ala de un pájaro.

*Contempló al arrendajo picotear en el suelo los restos de comida que siempre echaban desde la puerta. Contempló el ocaso del día. Había llegado el frío, el sol bajo empezaba a declinar.*

*Miraba al arrendajo. Ahora se sentían más seguros porque eran muchas las urracas que habían quedado atrapadas en los setos, como si ocuparan los espacios que les correspondían. El arrendajo se movía con curiosidad y era del mismo color que la puesta de sol, y él miraba la simetría de ese color y pensaba en la tela rosa que ella había perdido.*

*Oyó el chasquido de la puerta, y el arrendajo se sobresaltó y emprendió el vuelo, el despliegue azul de las alas deslumbrante por lo independientes que éstas parecían de la propia ave.*

*Ella salió a la vez que acababa de calzarse las botas. Con esa ropa se la veía más grande de lo que en realidad era. De la casa llegó el aroma del pan caliente.*

*Voy a ver al caballo, dijo.*

*Él la observó alejarse. La luz parecía vibrar sobre el suelo, y sintió un profundo amor por la tierra, como si la viera por primera vez. Lo embargó ese profundo sentimiento que corta la respiración.*

*El sol descendía ante ella, y él la observó cruzar los campos.*

*Esto lo es todo. Esto es todo lo que necesito, dijo.*

---

# EPÍLOGO

Detienen los coches a cierta distancia del lugar y se apean, manteniendo los tiradores accionados en el momento de cerrar las puertas. Con el suelo encharcado es imposible no hacer ruido. Los perros jadean, se agitan.

El policía mira el suelo encharcado mientras los otros se sitúan alrededor, se preparan. Pisa el barro de la cuneta y levanta el pie pausadamente. Cuando examina la huella con la linterna, la ve nítida y bien definida. Piensa en la tierra de la tejonera, en su testimonio. Allí están las huellas de botas. Las muestras de tierra coincidentes. Un pelo de perro obtenido en la boca de un túnel.

Oye un mínimo chirrido en la radio y se la lleva al oído, asiente allí en la oscuridad. Los equipos están apostados. El mayor peligro son los perros.

Tal vez en sueños el hombre corpulento capta lejanamente el tintineo de las cadenas, los chasquidos de las puertas, el chacoloteo de los pasos. Como si ocurrieran en una tierra situada a cierta distancia por encima de él. De pronto aparecen, con un ruido inmediato.

Está dormido y, en su estupefacción, se sume en un estado de inmovilidad infantil como por efecto de una luz intensa. Los perros arman un alboroto reverberante en las perreras, y los perros de la policía responden, ensordecedores en la casa baja y achatada. Y aunque éste es su espacio, se siente desorientado, sobresaltado y lento.

En este lugar cerrado los continuos aullidos ensordecen y confunden, y para el hombre son como luces intensas, y no sabe qué hacer.

Unas luces lo ciegan, un perro ladra a escasos centímetros de su cara. No hay adonde ir. No tiene adonde ir.

En su cuartucho siente náuseas, incomprensión y miedo y lanza golpes al perro, da puntapiés y zarpazos, a la vez que se encoge, se ve arrinconado contra la pared, intenta utilizar la gruesa manta a modo de escondite.

El guía le ordena a gritos que se quede quieto, quieto en medio de ese despliegue de ruido, entre el jadeo de los perros rastreadores en los túneles de la casa, entre el vocerío de los hombres.

Más allá de la mirada iracunda del perro, ve las esposas metálicas, los instrumentos preparados para su captura. Se revuelve de nuevo pero el perro ladra. El perro ladra. El perro ladra cada vez que él se mueve.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a la Sociedad de Autores por concederme el Foundation Award y a Literature Wales por su beca, aportaciones ambas que me proporcionaron tiempo para este libro.

Gracias a Gordon Lumby, de la Asociación Dyfed para la Vigilancia y el Rescate del Tejón, por confirmar cosas que yo ya sabía y por facilitarme detalles que desconocía.

Gracias también a Jon McG., Euan y Ch. y a todos los demás. Ya sabéis quiénes sois.